

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS *Serie especial*

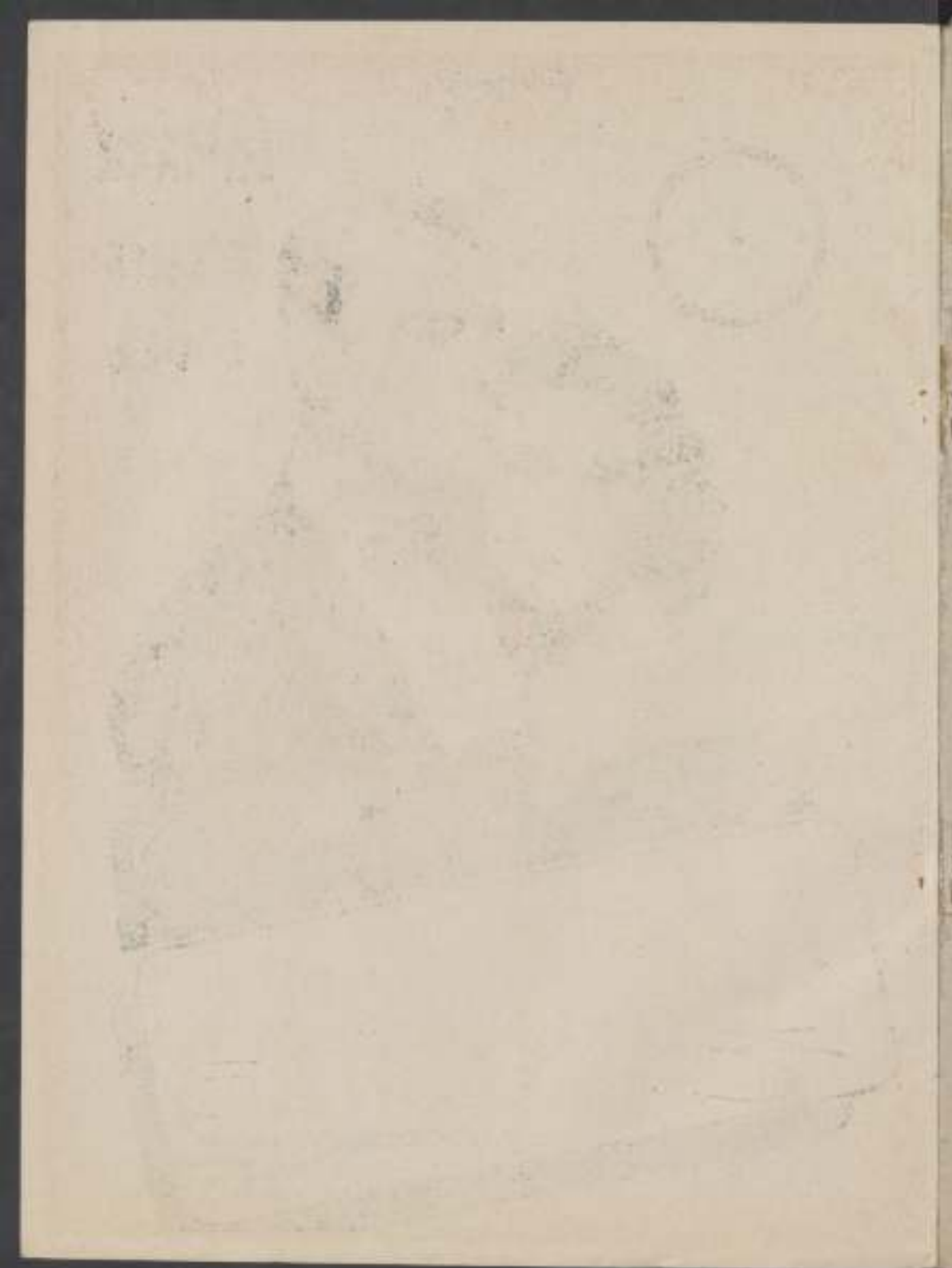
Hedy  
**LAMARR**

Dennis  
**O'KEEFE**  
John  
**LODER**



Editorial **ALAS**

*Pasión que*  
**REDIME**





PASION  
QUE REDIME

Reservados los derechos de  
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO  
Valencia, 234 - Teléfono 70657  
BARCELONA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: SAMON SALA VERBAGUER

Apartado 707 « BARCELONA » Teléfono 70837  
Velazco, 234 « Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería  
Barbaján, 14, Barcelona - Tornera, 4, Madrid

EDITORIAL

"AES"



AÑO XXVI

SERIE ESPECIAL

NUM. 365

NUM. 136

## PASION QUE REDIME

Historia de una frágil editora de una revista, cuyas horas libres están llenas de frívolas aventuras, por las cuales se ve envuelta en un proceso, del que triunfa gracias al amor del hombre que abre paso a una nueva vida. Es un comentario del mundo postbelico y una fuerte lucha para el retorno al sentido común.

---

### DISTRIBUCION

Aragon, núm. 242  
BARCELONA



Avda. José Antonio, 31  
MADRID

PRINCIPALES INTERPRETES

---

Hedy Lamarr  
Dennis O'Keefe  
Jonh Loder  
William Lundigan

---

Director:

Robert Stevenson

---

---

Narración literaria por  
José García Izquierdo



## CAPITULO I

La oscuridad de la noche lo envolvía todo. Un vigilante de carreteras hacía su recorrido habitual en su motocicleta, y tanto el hombre como la máquina sólo eran al principio el haz luminoso de un farol que avanzaba poco a poco; al acercarse se perfiló la silueta del motorista, que frenó al encontrarse con otro vigilante. Ambos, parados en un extremo de la carretera, conversaron amistosamente sobre un tema trivial: lo mal que daban de comer en los fisgones. Uno de ellos escuchaba poco atento a su compañero, que le proponía que debían ir en adelante a comer donde solían hacerlo los conductores de camión, porque su pensamiento estaba ausente; reflexionaba sobre un caso que acababa de presenciar y que consideraba bastante raro. Se trataba de una mujer esbelta, de correctas y hermosas facciones, con unos bellos ojos que tenían un brillo raro y anormal. Su expresión parecía despectiva, mejor amarga, dolorosa, que sentada junto al volante de un lujoso automóvil parecía quebrantada profundamente y sin saber qué rumbo tomar.

—Oye, he visto algo raro en la carretera—dijo un vigilante al otro—. Una mujer guapa en un coche y sola.

—¿Sí? ¿Y qué estaba haciendo?—preguntó el interpelado indiferente.

—Ese es el caso. No hacía nada. Allí estaba sentada.

—Con las mujeres hay que seguir una regla: si no quebrantan la Ley, lo mejor es dejarlas en paz.

Ambos se separaron, siguiendo cada uno la misma dirección que llevaban antes de encontrarse. Y el segundo vigilante no tardó en pasar por donde su compañero había visto momentos antes a Madeleine Damien, que así se llamaba la mujer del coche, extrañándose verla de nuevo. Recordó las palabras de su compañero y pensó que su deber sería averiguar aquel extraño caso, y parando junto al coche se dirigió a la joven que se encontraba desesperada, diciéndole:

—No quisiera molestarla, señorita. Pero desearía saber si todo va bien—se fijó en sus ojos semicerrados—. ¿Está segura de que se encuentra bien?

Madeleine nada le contestó; encendió un cigarrillo y dándole maquinalmente unas chupadas puso el coche en marcha, alejándose de allí a gran velocidad, a más de la permitida. El vigilante salió en su persecución, pues tenía sus motivos para estar alarmado. Había visto ante sus ojos una mujer atormentada moralmente, en la que todo trascendía elegancia y gusto exquisito en el vestir. Pero, ¿por qué había emprendido ella la marcha en su presencia a una velocidad suicida? Un tanto confuso, sin saber interpretar con exactitud lo que quería decir la expresión amarga de la muchacha, se dispuso a darle alcance para llamarla al orden.

El coche de Madeleine chocó violentamente con un árbol muy cerca de la casa del doctor Caleb, quien se encontraba trabajando en su despacho. Al oír el estrépito que produjo tal accidente salió presuroso a socorrer a la víctima, a la que encontró sin conocimiento. Era un hombre de aspecto inteligente y extraordinario. Cuando llegó el motorista encontró a Caleb auxiliando a Madeleine, preguntándole interesado:

—¿Cómo está?

El doctor reconoció que el golpe había sido para matarse, pero que por milagro no había tenido ninguna grave consecuencia, y le respondió:

—Más suerte que la que merece.



—La he visto antes en la carretera—explicó el vigilante—. Es raro. Tendremos que llamar una ambulancia.

—No creo que sea necesario; no sufre nada serio. Soy médico, mejor de lo que pueda creer. Llévemola dentro... ningún hueso roto... sólo rozaduras.

El motorista ayudó a Caleb a llevarla a su casa. Por lo poco que le había dicho aquél tuvo la sensación de que se encontraba ante una muchacha desengañada, que a pesar de llevar una vida de lujos y frívola no podía llenar el vacío de su vida, lo que había intentado infructuosamente, buscando emociones tras emociones. La hermosa Madeleine no se daba cuenta de su error ni sabía explicarse qué era lo que deseaba, pues lo desconocía. Era moralmente una mujer a la deriva, a pesar de su carácter animoso. En realidad atravesaba una crisis grave que la había vuelto apática, insegura, inconsciente. Su vida anómala no le producía ninguna satisfacción, y al no encontrarla agradable la llevó al punto de que, queriéndola, le hubiera importado poco el perderla, pues no hallaba el secreto de la felicidad.

—Creo que debería descansar aquí esta noche—opinó el médico cuando ella hubo recobrado el conocimiento y admirándola tendida en el diván—. Estoy sorprendido. Es usted muy guapa... ha sufrido un accidente... y no ha pedido un espejo. Claro—observó—, que en la forma que usted conducía esta noche... Quizás no encuentre la vida muy agradable.

—¿Le importa a usted mucho eso?—replicó ella retadora.

—Si me importa—afirmó Caleb sin hacer caso a las palabras de la joven—. Da la casualidad de que soy un médico psiquiatra.

—No necesito ningún psiquiatra—replicó Madeleine.

—Lo siento—la contrarió Caleb—, pero no estoy muy conforme. Es usted muy bella, aparentemente con dinero—la expresión del médico era escrutadora y le añadió: —Tiene aspecto de salud y no se preocupa de lo que le pueda ocurrir. Esto es... interesante, y aunque muy raro—recalcó significativamente—interesante. Puedo hacer deducciones fáciles.

Al ver que aquel hombre sabía leer en ella más de lo que hubiera deseado exclamó, perseverando en su actitud:

—Se trata de mi vida y hago con ella lo que quiero.

—Y no quiere que nadie se meta en ella—continuó el médico que adivinaba los pensamientos de Madeleine y extendiendo el concepto que había formado de ella con su ya larga experiencia profesional.

A continuación Caleb le manifestó claramente, como en él era característico, lo que pensaba, diciéndole:

—Quizás ni usted misma quiere mirar su propia vida. Muchas mujeres carecen de valor para ello. Y tratan de evadirse de ello. La mitad de mi clientela es así.

—Pero yo no soy cliente suyo—aclaró con apresuramiento Madeleine—. Dígame lo que le debo. Tengo que volver a la ciudad.

—Muy bien—repuso el médico—; yo la llevaré a la ciudad.

Caleb la acompañó a la estación. Ya Madeleine en el tren, él la advirtió mirándola persuasivamente:

—Es usted una mujer de talento, no una inconsciente. ¿Quiere prometerme que cuando quiera tirarse por el puente de Brooklyn me volverá a ver antes?

Ella, ya el tren en marcha, se despidió sin darle respuesta a la pregunta:

—Adiós, doctor;

\* \* \*

La oficina donde trabajaba Madeleine estaba instalada en el piso cincuenta de un gran rascacielos. Se trataba de una agencia de publicidad en donde ella desempeñaba el cargo de directora en la sección de anuncios artísticos.

Cierta mañana, al dirigirse a su despacho, vió caminando por los pasillos delante de ella a su jefe Kranish, acompañado de Shirley y Garet. Por seguirlos a poca distancia pudo oír que hablaban de ella.

—Nos preocupa miss Damien—decía Shirley.

—¿Otra vez miss Damien?—se contrarió Kranish.

—Es bella como un cuadro y demasiado voluntariosa—defendió Garet que se sentía impresionado por Madeleine.

\* \*

Garet era un tipo achulapado a la americana, un tanto perverso y mal intencionado.

Ya dentro de la oficina, los tres continuaron hablando de Madeleine. Enfrascados en la conversación no se habían dado cuenta de que ella les seguía. Cuando Madeleine entró en la habitación continuaban hablando de lo mismo.

—Adelante—dijo Kranish que fué el primero en notar su presencia.

—Estamos criticándola un poquito—confesó Garet con desenfado.

—Ya me di cuenta—afirmó ella con leve sarcasmo.

—Nada personal—advirtió Shirley—. Es sobre Courtland.

Courtland era una especie de materialismo personificado: rico, amigo de los placeres de toda clase y propietario de una importante casa de joyas denominada «Londres-París», situada en la Quinta Avenida. A la sazón iba tras Madeleine con una insistencia perseverante.

Madeleine repitió el nombre de Courtland como si apenas le sonara aquel nombre y añadió:

—Sí, creo que tiene una joyería.

Garet, que no tenía nada de escrupuloso ni de delicado, le aclaró, a pesar de que ella lo comprendió perfectamente y él estaba seguro de ello:

—Lo que quería decir Shirley...

—Ya sé lo que quería decir Shirley, siempre sé lo que quiere decir Shirley—repitió con desagrado Madeleine—. Quiero saber por qué anulé el anuncio artístico de las joyas de Courtland.

—Creo que el número de abril va sin ese anuncio—intervino Shirley.

—Sí, ¿y qué?—se encaró Madeleine—. En primer lugar no era artístico. Era el sueño de un agente de publicidad—añadió con ironía.

Shirley expuso sus temores:

—Pero el caso es que nos exponemos a perder a Courtland como cliente.

—Dirijo yo mi departamento, ¿sí o no?—salió al paso Madeleine con firmeza de carácter.

—Yo no digo nada, miss Damien—intentó aplacarla Kranish. Pero Garot, en su afán de enemistarla con Kranish, declaró: —Hablé con Courtland y estaba muy contrariado.

Madeleine, que estaba sentada en un cómodo sillón, no pudo contener sus nervios y poniéndose en pie exclamó:

—No me interesa Courtland. Pero si esta revista se va a someter al chantaje de los anunciantes, me gustaría saberlo a tiempo.

—Por favor, miss Damien—intervino Kranish apaciguador.

Pero ella, mostrándose intransigente en sus convicciones, se decidió:

—Si esa es la idea harán bien en prescindir de mis servicios.

—Por favor, miss Damien—alarmóse Kranish por el temor de perderla—. Un momento, señores. ¿No les importa salir? Ya hablaré con ustedes más tarde.



## CAPITULO II

Quedaron solos Kranish y Madeleine. El, cuyos sentimientos hacia su empleada eran muy claros, dándose cuenta de que ésta estaba muy agitada y no precisamente por el supuesto de que hubiera quien creyera que había echado un gran negocio por tierra, intentó darle algo de beber para que calmara sus nervios, pero ella rehusó.

Madeleine no disimulaba su estado de ánimo. Estaba dispuesta a dejar la oficina si no la dejaban hacer su parecer. Ante esta amenaza, Kranish, a quien no le hacía ninguna gracia el que ella cesara en su destino, se apresuró a preguntarle muy amablemente:

—Vamos, ¿qué te atormenta? Di, ¿qué te ha ocurrido?

Madeleine sentóse en un sillón y abatida le respondió:

—Nada. No me atormenta nada.

—Ya sabes que no quiero que te vayas—añadió Kranish alarmado—. No te hablaré de mis sentimientos. Pero eres la mejor periodista de arte que hemos tenido. ¿Cómo va ese insomnio?

Madeleine estaba acostumbrada a los celos de su jefe. Sabía que se le pasarían pronto. En efecto, poco después, Kranish, mirándola acariciadoramente le añadió:



—Madeleine, estás envuelta en mentiras... bellas mentiras bien urdidas.

—Quiero ser sincera, pero no me creerás, ¿verdad?

—No, querida—afirmó convencido Kranish—, porque no creo que pienses así.

\* \* \*

En el restaurante Madeleine bailaba con Garot, cuyas imper tinencias aguantaba con indiferencia. Freddie, que acostumbraba siempre a beber más de la cuenta, se encontraba bebiendo en su mesa. Este no era del gusto de Madeleine, no obstante solía acompañarle a cenar algunas noches. Todo esto lo hacía para demostrar, tanto a su jefe Kranish como a sus demás enamorados seguidores, que no sentía ninguna predilección por ninguno de ellos, entre los que se encontraba Garot, cínico y desvergonzado. Este, mientras bailaban, le decía:

—¿Por qué tienes que volver con ese pelma de Freddie? Ni siquiera me has dado ocasión de hacerte el amor.

—Me lo has estado haciendo—replicó Madeleine.

Garot, picado por la poca estimación que ella le profesaba, se le encaró con su característica desvergüenza:

—¿Sabes lo que te digo? Es duro hacer el amor a una mujer que gana más dinero que yo. Sería mejor que tú me hicieras el amor a mí.

—¿De verdad?—sonrió ella burlona.

Acabó por reconocer Garot que no lograría que ella le amase y le dijo con rencor:

—Quieres dejarme plantado, ¿no?

Madeleine le miró con agudeza, replicándole:

—Por fin nos entendemos.

Dejaron de bailar y se fueron adonde estaba Freddie bebiendo. Garot se dirigió a Freddie:

—Bien, aquí está tu chica. Te veré en la oficina, Madeleine. Iría con vosotros si alguien me invitase—añadió con sarcasmo.

Atajó Freddie con gesto grosero y agresivo:

—Nadie te invita.

—Eso es franqueza—reconoció Garef con tono zumbón, marchándose.

A Freddie le contrarió que ella hubiese bailado con Garef, a quien calificaba de majadero al reprocharla. Por su parte a Madeleine le contrarió que estuviera casi borracho y le amonestó con sequedad. Viendo ella que no podía estar tranquila con un hombre bebido, se dispuso a marcharse a su casa; siempre es difícil aguantar a un hombre embriagado. El se opuso a quedarse solo, diciéndole que no era posible que le abandonase, pero Madeleine, resuelta, le dio las buenas noches y se dirigió a la puerta de salida. En la calle llovía. Esto dificultaba encontrar un taxi. Acudió a Jim, un empleado del restaurante, para que éste lo intentara. Apenas pasaron unos instantes cuando se le acercó Garef, que había estado hablando con Courtland, muy jubiloso, seguido de éste.

—¡Oh, miss Damien! Aquí hay alguien que quiere verla. Mister Félix Courtland—exclamó Garef.

—Puedo llevarla adonde quiera. Tengo el coche fuera.

Ella rehusó:

—No, gracias. Me van a traer un taxi.

Sintió Courtland este impedimento a sus planes y se lo expuso a Madeleine. Después se marchó a la calle, saliendo Garef tras él. La suerte se puso de parte de Courtland, ya que cuando volvió Jim desesperanzado le explicó lo difícil que era encontrar un coche y que no era esto lo peor, sino que le era imposible calcular el tiempo que tendría que esperar para localizar alguno libre.

En vista de ello, Madeleine salió a la calle. El tiempo era infernal. Al verla Courtland desorientada, se le acercó, porfiando en su anterior ofrecimiento de llevarla a casa, preguntándole:

—¿Está segura de que no quiere que la lleve?

Madeleine repuso resignada:

—Parece que no queda otro remedio.

Subieron al lujoso automóvil que esperaba. Y mientras éste se deslizaba por las húmedas calles, Madeleine trató de excusarse:

—No he estado muy amable, ¿verdad?

Courtland, optimista, le confesó:

—Tampoco Garet lo ha estado con usted.

—¿Sabe usted que no es como yo me lo figuraba?—le dijo Madeleine.

—¿No?—se extrañó fingidamente Courtland que no cesaba de admirarla.

—No—replicó ella con teatral expresión de admiración y entonación de énfasis—. Un gran joyero internacional.

A partir de aquel momento Courtland llevó la conversación hacia donde le interesaba; se enfervorizaba por momentos, aun sin aparentarlo demasiado. Después de quitarle importancia a sus negocios, añadió halagador:

—En realidad tampoco parece usted una periodista; más bien una obra de arte.

Madeleine, sabiendo que aquel camino en la conversación era peligroso, trató de desviarlo. Empezó hablándole de negocios, entre los cuales hizo referencia al que llevaba con las joyas Courtland, que no parecía importarle mucho el tema; siguió mirándola con entusiasmo.

—Mister Courtland, creo que es usted un hombre peligroso.

—Bien quisiera serlo—deseó Courtland—; pero, la verdad, soy muy vulgar.

El automóvil se paró frente a la casa del rico joyero. Esto hizo recordar a Madeleine que no había dado su dirección; pero esta circunstancia la aprovechó Courtland para invitarla a entrar en su casa, aunque fuera por unos minutos. Madeleine se negó; no le hacía mucha gracia. Pero él se empeñó en enseñarle las joyas cuya fotografía se había negado Madeleine a publicar en la revista que dirigía:

—¡Oh! Me gustaría que viera las joyas que ha estado usted insultando—rogó Courtland—. Son mucho más hermosas que en fotografía. La ocuparé unos instantes.

Con esto consiguió romper la resistencia de ella, que entró por fin a la casa. Ya en el interior, él se quitó el abrigo y la ayudó a quitarse a Madeleine el suyo. Y ambos pasaron al reci-

bido, estancia suntuosa y lujosamente amueblada, como correspondía a un hombre rico.

Courtland se apresuró a invitarla, llenando dos copas de licor. Se hablaban de pie, junto al armario de libros. Madeleine bebió el líquido de la copa que él le había ofrecido, mientras que el dueño de la casa empezó a decirle que todo aquel lujo no le significaba nada si ella no correspondía a su amor.

En esto, ella reparó en un cuadro de la estancia. Se quedó mirándolo con atención. Representaba a la madre de Courtland. Aquel cuadro había sido pintado por el padre de Madeleine, que en vida fué un pintor famoso. Courtland dijo a Madeleine que había conocido muy bien a su padre y que era un tipo muy interesante. También creyó oportuno explicarle:

—Recuerdo cuando su padre vino a pintar a mi madre. Todo el mundo estaba encantado con él... especialmente mi madre. Mi padre acabó echándolo de casa.

—Así acababa siempre —confesó Madeleine—. Mi padre amaba mucho la vida.

—Costumbre húngara, ¿no? —preguntó Courtland maliciosamente.

Notando Madeleine que la conversación volvía a dirigirse por derroteros poco convenientes, atajó:

—¿No iba a enseñarme las joyas?

—Sí, claro... naturalmente —disimuló Courtland—. Me había olvidado. Para eso vinimos aquí, ¿no? Debería sentirse muy halagada, miss Damien. Esta caja fuerte —se la indicó, pues estaba muy bien disimulada detrás de una figurilla de adorno— es uno de mis mayores secretos. ¿Quiere realmente ver mis joyas?

Courtland le enseñó el contenido de la caja fuerte.

—Gracias —agradeció Madeleine sentada en un sillón.

Después de dejar las joyas en su sitio y cerrar la caja, Courtland se sentó junto a Madeleine con el amor reflejado en su mirada. En ocasiones, los ojos de ella reflejaban dulzura, bondad; otras, desesperación, sombras, como si un misterio impenetrable se ocultara en su vida.



## CAPITULO III

Garet fué al encuentro de Madeleine celoso y torturándole que ella no le hiciera caso. Le pasaba lo que a Courtland: no la comprendía. Se sentó en el borde de la mesa con despotismo, diciéndole:

—Creo que has despedido a June.

—Sí, claro.

—¿Qué te pasó?

—No me gusta que la gente murmure de mí—le respondió Madeleine.

—No te gusta, ¿eh?—dijo con lentitud Garet y con entonación rencorosa.

Madeleine procuró evadirse del empeño que él tenía de herirla. No estaba sorprendida, pues conocía a Garet a fondo; que era un difamador y un miserable sin escrúpulos y que no reparaba en nada. Pero Garet persistió en su sordidez vituperante.

—Es un poco tarde para rectificar y es poco noble tomarla con tu secretaria.

A pesar de proponérselo, Madeleine no pudo soportar aquella censura solapada; conocía que todo aquello no tenía otro fin que mortificarla.



—¡Sal de aquí!—exclamó sin poder sujetar sus nervios y con semblante ceñudo, poniéndose en pie.

—No creas que tu vida es un secreto—continuó Garot—. Los muchachos apostaban ocho contra cinco esta mañana a que el anuncio de Courtland sale en el próximo número.

—Eres insoportable.

Imperturbable y sin recato, Garot, tornándose aparentemente cariñoso, le dijo:

—Madeleine, ¿por qué no eres más sensata? Todo el mundo lo es. Un noviazgo tras otro... ésa es tu vida. Y a ti te encanta.

—¡Vete!—exclamó Madeleine sin contemplaciones.

—Será que necesitas el frenesí de la diversión—volvió Garot a su asperosidad y dureza primera.

Madeleine, sintiéndose acorralada y sin la tranquilidad de ánimo que otras veces, exclamó con desesperación:

—¡No es verdad! ¡No es verdad!

\* \* \*

Cuando desesperada, buscando un consejo o un alivio a la grave situación en que moralmente se encontraba, Madeleine fué a consultar al doctor Caleb, éste que se encontraba trabajando en su despacho, se alegró mucho de que ella tuviera confianza en él, porque, profesionalmente, le interesaba aquel caso.

—Me alegro—exclamó al verla el psiquiatra—. Tenía razón; es una mujer de talento, no una inconsciente. Siéntese... Eso es. Si no quiere, no hable; pero si le place, hable todo lo que quiera. Tiene usted miedo, ¿no? Nuestra misión es saber por qué... explorar las sombras y lanzar sobre ellas una luz intensa. Así podrá ver claro y enfrentarse consigo misma. Y entonces ya no tendrá miedo.

Para lograr sus propósitos, el doctor empezó por aconsejarle. Después le hizo un paralelo entre el caso en que se encontraba y en el que se halló el padre de ella. Con tal comparación logró hacerse comprender, llegando con sus razonamientos, si no a con-

vencerla, si a que su espíritu condescendiera a mostrarse más comprensiva a la proposición de que intentara cambiar de vida.

—¿Pinta usted alguna vez?—le preguntó el doctor cuando supo que ella había heredado ciertas aptitudes para este arte.

—Creo que sí—respondió Madeleine con modestia.

—¿Por qué lo dejó?

Ella le replicó que tenía sobrados motivos; no ganaba dinero con ello. Además, que no estaba dispuesta a sacrificar su vida por el arte, pues tenía que vivirla.

Era evidente que el psiquiatra la comprendía, pues le dijo:

—Usted creía que el seguir sus propias reglas, hacer lo que se le antojaba, era lo mejor. Y eso no la hizo feliz, ¿verdad? ¿No era porque sentía que algo importante le faltaba?

—Claro que sí.

—Eso le preocuparía seguramente. Y entonces, usted buscaría llenar ese vacío. Conozco el caso. Padece usted la enfermedad de los tiempos, una neurosis tan corriente como el alcoholismo crónico. Se parecen mucho. Inseguros de sí mismos, buscan la seguridad en las emociones. En lugar de buscar las causas, el beodo resuelve su problema tomando más alcohol. Y, claro, no hay solución. Y al final, lo encontramos de bruces sobre el mostrador o mesa de un bar sin las fuerzas suficientes para salvarse.

El doctor había dado con la herida espiritual de Madeleine. Esta, al verse comprendida, intentando resistir más por inercia que por proponérselo, se puso en pie y exclamó irritada:

—No puedo oírle más. No me ayuda. Me está insultando.

Y se dispuso a marcharse. Ya en el umbral de la puerta, Caleb le advirtió:

—Es usted la que se está insultando, insultando a su propio cuerpo y a su alma. Su vida no ha sido encantadora ni alegre, sino atropellada y sin sentido. Usted lo sabe. Si quiere realmente cambiar, tiene que empezar ahora; cuanto antes mejor. Lo tiene que hacer.

\* \* \*

Los consejos del doctor Caleb hicieron efecto en el ánimo de Madeleine. Esta pensó en serio cambiar de vida. Antes de abandonar su despacho, ofreció a su secretaria Ethel:

—Puedes quedarte con mi piso.

—Querida—aceptó Ethel—, me parece que soy un cuervo revoloteando sobre tu cabeza.

—No estoy para nadie—advirtió Madeleine.

Sonó en esto el timbre del teléfono. Ethel cogió el auricular. Era Courtland que preguntaba por Madeleine. La secretaria, atendiendo órdenes, le contestó que no había regresado ni sabía dónde se encontraba, y que quizás más tarde podría informarle mejor.

Ethel no estaba muy segura de que Madeleine dejara plantado a Courtland. Y aconsejó convencida cuando el rico joyero había colgado ya:

—Déjame que vuelva a llamarlo. Te arrepentirás después.

Garet entró en aquel momento y saludó:

—Hola, Madeleine.

Y como le estorbaba la presencia de Ethel, le dijo a ésta galantemente:

—Guapísima. ¿Quieres salir un momento?

La secretaria salió, quedando solos Garet y Madeleine. El había formado un plan para salir de un apuro económico; adeudaba unos cinco mil dólares y pensaba sacárselos a Courtland por mediación de Madeleine. Conocía la clase de sentimientos que sentía el joyero por ella, que no estaba dispuesta a servir de instrumento a Garet.

—Ciel que podrías hablarle a Courtland—propuso Garet—. Estoy seguro de que te los daría—insistió Garet con malicia—si se los pidieras amablemente.

Estas palabras, demasiado insinuatorias, le hicieron compren-

der a ella que era muy difícil borrar el pasado. Y aunque dudó un momento, su firme voluntad acabó por imponerse.

—Eres un bicho—encaróse Madeleine.

—Mira—trató de convencerla Garet—. tengo deudas. Sólo cobro cien al mes, y ya sabes que con eso no puedo vivir. Cinco mil dólares no son nada para Courtland.

Madeline frunció los labios contrariada y furiosa. Lo echó.

—Sal de aquí antes de que pierda los estribos.

Al ver Garet que nada conseguiría por las buenas, apeló a su último recurso, que creía infalible: obligaría a que sacara el dinero a Courtland bajo la amenaza siguiente:

—Me obligas a decir cosas que no quería decir. Pero si adoptas conmigo esa actitud, las diré. ¿Y si se lo digo a Kranish?

—¿Decirle... qué?

—Lo de Courtland—replicó mordaz Garet—. Tienes aquí una buena colocación, pero no te durará si yo hablo con Kranish. No quería hacerlo, pero... ¿dónde está la recompensa?

Esta vez, el chantagista estaba equivocado; acababa de dar un paso en falso. Madeleine había dejado ya el empleo voluntariamente. No le importaba un ápice su jefe. Y le replicó despectiva, con vigor:

—Eres un vulgarísimo chantagista. Anda... díselo; dile que soy una neurótica, que tú eres un bicho y que él es un idiota. Utiliza mi teléfono si quieres, y mi mesa, y mi oficina. Todo esto se acabó para mí.



## CAPITULO IV

Courtland estaba entusiasmado a su manera por Madeleine. Ante los desdenes de ella, se sentía más atraído. Suponía que la felicidad para una mujer de su clase sólo consistía en vivir lujosamente. No podía pensar que Madeleine fingía un goce que no experimentaba llevando una vida frívola.

Como era terco, una vez pasados los primeros momentos de indignación, hizo pesquisas personalmente para hallar su paradero. Telefonó al Boulevard Magazine, donde Madeleine iba a menudo. Le dijeron que ésta no había regresado. Indagó en la oficina de Kranish, donde le replicaron que ya no trabajaba allí y que telefonara a la casa de Madeleine. Allí tampoco sacó nada concreto, ya que lo único que le notificaron es que había dejado el piso.

Cuando ya se figuraba que iba a fracasar, telefoneando a todas las clínicas y hospitales de la capital, cogió una pista segura; pues le dieron la agradable noticia de que Madeleine se encontraba al cuidado de un tal Richard Caleb, en la calle 50, número 137, Oeste.

Sin perder tiempo, Courtland se encaminó a casa del doctor



Caleb. Lo recibió éste en persona y con desagrado, y negó a Courtland el paradero de su paciente.

—No puedo decirle otra cosa que no sea que ella vino a consultarme. Ha estado viviendo en zona infectada y ahora está reponiéndose.

—Veo que usted me incluye entre los habitantes de esa zona —observó Courtland al advertir que el doctor hablaba con un marcado acento de desprecio.

Caleb era contrario a decirle la dirección de Madeleine al rico joyero; pero, en contra de su voluntad, accedió porque así se lo había encargado ella.

—Miss Damien vive con un nombre fingido en una ciudad distinta. Me encargó que se lo dijera a usted si me lo preguntaba. Está creándose una nueva vida, otra alma. No estropee su camino.

Se fué hacia la puerta y, abriéndola, añadió el doctor:

—Adiós, mister Courtland.

Aquella forma violenta de despedirlo no violentó a Courtland, que se permitió lanzar una indirecta a Caleb:

—Adiós, doctor. ¿No le abruma a usted hacer de Todopoderoso en esta casa?

—No—replicó Caleb con firmeza—; ciertamente, estoy acostumbrado.

\* \* \*

Ya en su nueva casa, Madeleine, para entretenerse, volvió a dedicarse a pintar. Su primer trabajo, un cuadro, lo estaba colgando en la pared la señora Greiger, su patrona, a quien le gustó, a pesar de ponerle algún reparo. Reconoció que su huésped pintaba muy bien y que con un poco de práctica lograría demostrar su talento.

—Nunca venderá eso—aconsejó la patrona con franqueza—. Hágame caso y pinte cosas más alegres. Ya sabe, Flores, mariposas.

La señora Greiger era una mujer simpática, franca y locuaz, por lo que Madeleine simpatizó pronto con ella.

—Así lo haré — prometió Madeleine —. Gracias, señora Greiger.

\* \* \*

Cierta día, Madeleine se encontró un ratón en la escalera, frente a la habitación de David, otro huésped de la casa. Pero no era un roedor sucio, de esos que se encuentran en las alcantarillas, sino de los que emplean los investigadores en sus experimento. Cuando ella estaba complacida mirándole, salió de su habitación David, patólogo de profesión. Buscaba al ratón. David era un hombre inteligente, sonriente; su mirada revelaba franqueza y lealtad e inspiraba confianza desde el primer momento.

El patólogo no sabía cómo agradecer a Madeleine que no le hubiera hecho daño al ratón, al que tenía cogido entre sus manos, pues lo tenía en gran estima. Se fijó también en que Madeleine era bastante hermosa.

Ella le preguntó, pues le resultaba David simpático, si era de él aquel animalito. El le dijo que sí. Entre ambos se estableció una corriente de simpatía espontánea.

—La señora Greiger me mataría si supiera que tengo ratones en mi habitación — expuso confidencialmente David, haciéndole comprender a Madeleine que debería guardarle el secreto.

—¿Y para qué tiene ratones aquí? — interrogó muy curiosa Madeleine.

El doctor le reveló que se dedicaba a la Patología, añadiéndole mientras acariciaba al roedor:

—Realmente, no debería sacar estos bichos del laboratorio; pero a éste le tengo cariño.

\* \* \*

A David le simpatizó tanto Madeleine, que le achacó cualidades y purificaciones de sentimiento tan elevadas, que no dudó en ir a pedirle un favor, y eso que no era de los descarados.

Como era pobre, no podía costear un dibujante para que le ilustrara un libro que preparaba sobre sus investigaciones. Pensó que Madeleine sabía dibujar bastante bien para poderle sacar de su apuro, pues, aunque pensaba pagarle a ella el trabajo, podría, al menos, retrasar los pagos. Y resuelto, llegó a la habitación de Madeleine. Llamó a la puerta, abriéndola. Ella le dijo que pasara. David, sin más preámbulos, le preguntó:

—Oiga, usted es artista, ¿no?

—Pues... no lo sé—dudó Madeleine.

—La señora Greiger me dijo que lo era—dijo convencido David—. Y ella es una autoridad en la materia. Pensaba... si quería hacerme un trabajo.

Entonces, Madeleine, interesada, le preguntó en qué consistía éste; si se trataba de hacerle un retrato. David le dijo que no se trataba de eso, sino que estaba haciendo una investigación y que necesitaba ilustrarla.

—¿Y qué quiere que le dibuje?—interesó Madeleine dispuesta a complacerle, pues él tenía un modo de decir las cosas entre tímido y audaz que le hacía imposible el negarse.

—Nada difícil—aclaró David—. Células sanguíneas y cosas de esas.

—¡Oh, no sé si podré!

Pero David, sin hacer caso de los reparos de ella, dió por aceptada su proposición. Entre otras cosas, hizo asimismo su presentación.

—Sí podrá. Vivo en el piso de abajo. Donde los ratones. ¡Oh, se me olvidaba; me llamó David Cousins.

Madeleine no intentó oponerse a tal singular manera de introducirse en su amistad; pero le mintió al no decirle su verdadero nombre.

—Yo me llamo más Dixon.

—Encantado de conocerla—replicó David al irse, corriendo la puerta de la habitación tras él.

\* \* \*

Madeleine fué a trabajar a la habitación de David y se dedicó con entusiasmo a un trabajo nuevo para ella. Como definaba sin saber de que se trataba aquel laberinto de rayas, le preguntó a él:

—¿Y qué es lo que estoy dibujando? ¿Se me permite averiguarlo?

—Claro—replicó David con naturalidad—; efecto del suero antifreticular en los tejidos celulares.

—Es todo lo que quería saber—dijo con zumba Madeleine.

David, al enseñarle ella el trabajo realizado, se fijó en lo bien trazado que estaba todo y exclamó admirado:

—¡Oh, está muy bien! Lo llevaré a mis jefes mañana. Casi puede usted empezar el siguiente.

Aquellos quehaceres los habían tenido suspensos hasta tal extremo, que no se dieron cuenta como se les había pasado el tiempo. Madeleine, tuvo que advertir a David que ya eran las doce de la noche y de que no había cenado.

Hablando hablando se dirigían a la calle cuando los descubrió la patrona, y les preguntó desde la escalera:

—¿Salen ustedes? ¿A estas horas?

—Vamos con unos amigos al café de al lado—mintió David, añadiéndole que no quería perderse determinada fiesta, para lo cual tendrían que darse prisa.

La señora Greiger encargó amistosamente a Madeleine de que se ocupara de que David comiera, haciendo ver a ambos que ella no era fácil de engañar.

Le daré de comer con cuchara—prometió Madeleine riendo.

\* \* \*

En el bar, de pie junto al mostrador, David, que cuando hablaba de su profesión se olvidaba de todo, entretenía a Madeleine contándole cómo se aficionó a la patología:



—Me encontraba en una pequeña ciudad de Alemania—decía—cuando estaba en el ejército. Encontré a un par de médicos militares rusos que trabajaban en antireticular y... vamos, me entusiasmé.

En aquel momento, la muchacha que despachaba, les ofreció: —¿Pastel?

—No, no, gracias—respondió David para volver a continuar con su tema— La primera noche ante una botella de vodka. Recuerdo que la ciudad ardía todavía. Quizá fué el vodka, pero el caso fué que empezamos a hablar de antireticular y, vamos, me entusiasmé.

David preguntó a Madeleine irónicamente, si le gustaban aquellos manjares. Ella le expresó su opinión de que los pasteles y pepinillos no eran un alimento normal.

—Hay dos clases de dietas—dijo David sonriendo—. La que recomiendan los médicos, y la que siguen los médicos.

David, después de haber cenado, declaró su amor a Madeleine. Esta le expuso:

—Siempre tiene usted prisa. No podrá así hacer descubrimientos.

—Ya lo creo—replicó David recurriendo al ejemplo—. Ahí tiene usted a Benning. Vió unas moscas revoloteando sobre un trozo de páncreas y supuso que allí había azúcar. En un minuto le brotó la idea de la insulina. ¿Sabe que es encantadora?

Madeleine previno bromeando a David:

—No me parece muy científico eso, doctor.

David le replicó dichoso y enamorado:

—Pues lo es. La verdad es el corazón de la ciencia.

—Hablemos de la insulina—propuso Madeleine, con marcado acento cómico.

Mutuamente sentían ambos una pasión indefinible que les atraía. El achacaba a ella todas las virtudes y la buscaba en todos los ratos que tenía libres.



Cierta día, cuando se encontraba David escribiendo a máquina, llegó Madeleine. El doctor dióse cuenta de que ella había comprado unas cubiertas nuevas y se extrañó mucho que ella se permitiera tales dispendios, preguntándole acto seguido, cuánto le habían costado tales prendas. Al enterarse que unos veinte centavos se sorprendió, replicando que por ese valor se podrían comprar dos ratones, pero Madeleine le tranquilizó al decirle el motivo por el que se había atrevido a gastar aquel dinero.

—He vendido un cuadro—dijo ella orgullosa—. ¡Oh, David! Tengo además muy buenas noticias.

David le preguntó si era en serio, y ella le replicó con una afirmación y gesto complaciente.

—¿Quién lo compró?—interesó David.

—El dependiente de abajo. Dice que es tan bueno como una fotografía.

A David le llenó de gozo aquella noticia; le entusiasmó el triunfo de Madeleine; lo consideraba como propio. Y mirándola con pasión, entusiasmado, le dijo:

—Ese hombre tiene buen gusto. Es maravilloso. Estoy orgulloso de ti y un poco orgulloso de mí también. David Cousins de antireticular.

## CAPITULO V

En el laboratorio, David enseñaba a Madeleine los complicados aparatos y objetos de experimentación de que se valía para sus experimentos. Le preguntó:

—¿Te gusta?

—Es maravilloso, ¿pero cómo encuentras las cosas aquí?— admiró Madeleine al ver cómo él manipulaba en todo aquel laberinto.

—Llevo seis meses aquí y todavía no he podido nada—respondió David—. Además no importa. Si el jefe aprueba mi trabajo saldré de aquí en una semana.

Madeleine le preguntó ansiosa:

—¿Irás a Oregón?

—Sí—confirmó David—. Para ganarme la vida.

Estas palabras disgustaron a Madeleine. Ella no quería alejarse de David; estaba segura de que él era el hombre que le convenía. David intentó animarla:

—¡Oh! No disimulemos, Madeleine. Estoy tan enamorado de ti como no puedes suponerte.

Esta declaración encendió de alegría el rostro de ella, que le

confesó sin titubeos, con una especie de grato sopor que se traslucía en su semblante:

—Ya lo sé. Eso hago yo también: esperar a verte.

—¡Oh, querida... querida!—exclamó David todo jubiloso—. Este es el momento más feliz de mi vida. Dime, ¿cuándo supiste que me amabas?

—Desde el momento en que te vi—confirmó Madeleine.

—Yo también. Nunca te olvidaré—recordó David—cuando te encontré mirando al ratón que se me había escapado. No sabía lo que me pasaba. El verdadero flechazo. ¿Te casarás conmigo?

—Pero, David, no nos conocemos apenas. Vamos, tú no me conoces.

—Me quiero casar contigo. Pero, por favor, dame tiempo. Es todo tan repentino. Me gustaría ir a casa.

Era tanto el amor que Madeleine profesaba a David que, temiendo no poderlo hacer feliz en cuanto él se enterase de su pasado, le imposibilitaba decirle que sí abiertamente. David achacó la conducta de ella al recato que le produjo la sorpresa. Y salieron del laboratorio en dirección a la casa de la señora Greiger.

\* \* \*

Al abrir Madeleine la puerta de su habitación, apenas se hubo marchado David, se encontró con una desagradable sorpresa. Courtland, hombre que no reparaba en nada cuando algo se le metía en la cabeza, se había buscado los medios, pagando a Garet para ello, para hacerse con la llave que precisaba para entrar en la habitación de Madeleine. Con un descaro sin límite, se había introducido en la habitación de ésta, que al verlo, quedóse en el umbral paralizada por la sorpresa.

—¿No sería mejor que cerrara la puerta?—dijo Courtland viendo palidecer a Madeleine y continuando cómodamente sentado en el sillón—. Esperaba encontrarla sola y triste luchando con sus complejos. Soy muy ingenuo.

—Haga el favor de irse—resolvió Madeleine con resolución.

—Ya me iré..., pero antes quería saber algo acerca de él.

Madeleine no podía aguantarlo más: estaba ofendiendo al hombre que era dueño de su corazón con una crueldad fría y razonadora, y le suplicó atribulada:

—Márchese, por favor.

Courtland, se dispuso a marcharse. Antes de salir se ofreció:

—Si me necesita alguna vez, hágamelo saber y no reniegue mucho de su pasado.

—No me importa lo que diga. Me casaré con David tan pronto como pueda.

\* \* \*

Madeleine sintió la necesidad de ir a consultar de nuevo al doctor Caleb. Fué a entrevistarse con él y le confesó que estaba enamorada. Pero el doctor no estaba muy seguro de ello ni de que esto fuera lo que más le conviniera a su paciente, por lo que le dijo:

—¿Quiere usted huir de su problema?

—No quiero huir—replicó ella con firmeza.

—Pues está haciéndolo. Busca seguridad en otro hombre, en lugar de crearla dentro de usted misma.

Pero le amo. No puedo hablar con usted si no me cree—afirmó irritada Madeleine.

—El enamorarse no lo cura todo de repente—la advirtió Caleb, convencido de que ella creía amor un capricho más.

—¿Qué quiere decir?

—Seamos sinceros. Hay algo en usted que no ha cambiado. ¿No es cierto? Lo es, ¿no?

—Es usted muy brusco conmigo—lamentó Madeleine.

—No puede usted edificar una vida sobre una mentira—insistió Caleb tratando de convencerla—. Si es fuerte como para afrontarlo todo, esto lo debe afrontar también con David.

—No puedo hacerlo—confesó angustiada Madeleine—. No puedo arriesgar la única felicidad que he tenido en mi vida.

Al verla a punto de llorar, Caleb le replicó:

—Allá usted, miss Damien.

\* \* \*

Madeleine fué a la habitación de David, a quien encontró arreglando una maleta. El le comunicó una gran noticia. Esta consistía en que había leído su trabajo el doctor Luch, a quien le agradó muchísimo. Madeleine compartía el gozo de su amado, que estaba tan maravillado como sorprendido de su éxito. Pero ya no le agradó tanto que le anunciara David que el doctor Luch creía que dicho trabajo era tan importante, que debía ir a Chicago para leerlo en la Convención. Al verla contrariada, David trató de animarla, diciéndole que no tenía ninguna gana de ir a Chicago.

—¿Cuándo tendrás que marcharte?—inquirió con ansiedad Madeleine.

—Esta noche. Tengo que tomar el avión de las ocho.

—¿Y cuándo volverás?

—No lo sé—titubeó David—. Unos días... pero verás. En cuanto vuelva nos casamos. Se puede obtener una licencia en tres días y en quince minutos, casados. Todavía quieres casarte conmigo ¿no?

—Más que nada en el mundo—respondió ilusionada Madeleine.

—¿Sabes? No sé qué es lo que voy a hacer en aquella Convención—intentó animarla David—. Claro, que es una cosa importante todo eso, pero... ¿te das cuenta de que voy a hablar ante algunos de los más importantes hombres de ciencia del país?

Entonces David le preguntó qué le preocupaba.

—Nada, quería estar segura.

—¿Segura de qué?—inquirió David sin comprenderla.

—De que me amas, de que no es todo una ilusión. Eres lo mejor de mi vida—declaró Madeleine poniendo toda su pasión en sus palabras.



—Los científicos no creemos en ilusiones—expuso David—. Yo sólo creo en ti. Eres lo mejor de mi vida.

Y mientras iba poniendo las prendas de su vestuario en la maleta, iba diciendo él:

—Cuatro camisas... ¿serán bastantes? Tienen que serlo porque son todas las que tengo.

Madeleine le entregó unos pares de calcetines. David al verla entristecida, absorta, ensimismada, la interrogó.

—¿Qué estás pensando? ¿Tenías algo que decirme?

—Nada más que te quiero—replicó ella tratando de olvidar sus temores.

\* \* \*

Madeleine acompañó a David hasta el aeropuerto. Los altavoces de la sala de espera anunciaban que los pasajeros que se dirigían a Chicago se dispusieran a subir al polimotor, preparado ya para partir de un momento a otro.

Antes de que David se separara de ella, le hizo Madeleine prometer que le escribiría todos los días.

—Te echaré de menos—declaró David cariñosamente—. Espero que no te mueras con mi ausencia.

En el aeropuerto se encontraban Courtland y Gareth. El primero fué el que descubrió a Madeleine hablando con David. Se dirigieron adonde estaba la pareja.

Gareth le preguntó por la salud a Madeleine. Ella con disgusto, le presentó a David; no quería que tuviera contacto su amado con Gareth. Este con desenfado le anunció que había dejado también la oficina de Kranish.

—Gareth hace trabajos confidenciales para mí—interrumpió Courtland con un tono insinuador de algo que no le interesaba aclarar, y dirigiéndose a Madeleine, a quien le preguntó acto seguido cómo se encontraba.

Por toda respuesta ella presentó a Gareth, dirigiéndose a su prometido:

—David, éste es el Mr. Gareth; trabajaba con él en la revista.



—Dirijo yo mi departamento, ¿sí o no?



—No he estado muy amable ¿verdad?



— Brindo por nuestros  
recuerdos.



Hablaron de pie, junto a  
la biblioteca.



— Debiera salir y distraerse, no piense en sus pinturas.



— ¿Está usted segura de que no quiere que la lleve?



— Siempre tiene usted prisa. No podrá hacer así descubrimientos.



— Creí que podías hablar a Courtland — propone Galt.





—El enamorarse no lo  
cura todo de repente.



—Oiga, usted es artista,  
¿no?



—Ella no se llama Damien. Están ustedes equivocados.



—Te quiero, David; te  
queré siempre.



En la sala de la Audiencia se estaba celebrando el juicio contra Stadeleins.



—Estás más deliciosa que nunca.



Los dos hombres rodaron por el suelo, entrelazados...



Tuvo el tiempo suficiente para llegar junto a Madeleine.

—Es usted hombre afortunado.

—Así lo creo—afirmó David convencido.

Como David y Madeleine se disponían ir juntos a la aerona-ve, Courtland se despidió dando la enhorabuena a los dos. Y ya se había separado éste con Garet de la pareja cuando su acompañante le dijo a su nuevo jefe que no creía en que Madeleine estuviera enamorada de verdad.

—Garet, es usted un cinico—respondió Courtland, que co-nocía a fondo las maneras de ser de su nuevo empleado—. No cree en el verdadero amor.

—No supondrá que ella sí.

—No sé—dudó Courtland, que a pesar de todo, tenía algo de sensibilidad y era inteligente observador—. Siempre me han atraído los milagros.



## CAPITULO VI

Entretenida en sus cuadros, estaba Madeleine, cuando la señora Greiger pidió permiso para entrar en la habitación; una vez obtenido éste, le entregó a Madeleine un telegrama, mientras que le decía que lo trala ella misma por si era algo importante. No se trataba de una mala noticia, sino que David comunicaba que no regresaba de Chicago hasta el viernes. La señora Greiger, al ver la cara de desencanto de Madeleine, opinó:

—¡Esos hombres! Nunca se puede uno fiar de ellos. ¡Ah! Se me pasó decirle... el doctor... no recuerdo el nombre. La llamó y dijo que llamase a la señorita Ethel Royce. Ella ha estado preguntando por usted. ¿Alguna amiga suya?

Madeleine le respondió afirmativamente. La señora Greiger estaba extrañada de que una joven tan elegante y hermosa procurara retirarse del trato y comunicación de la gente, y le aconsejó, a pesar de comprender que tendría sus razones para hacer una vida solitaria:

—Yo creo que debía salir y ver a sus amigas... en lugar de quedarse aquí metida en esta habitación día y noche.

—Gracias, señora Greiger—le dijo familiarmente Madeleine, comprendiendo que aquellas palabras no estaban dichas por el deseo de introducirse en su vida.

—Claro... no tengo por qué meterme—reconoció la patrona, saliendo de la habitación.

Madeleine dudó en telefonear a Ethel, pero decidióse al fin a ponerse en contacto con ella, quien le comunicó que se había visto obligada a insistir al doctor Galeb fastidiosamente para que le diera su dirección, pues tenía forzosamente que hablarle.

—¿Y de qué?—inquirió Madeleine.

—Verás—resumió Ethel—. ¿Recuerdas aquel suplemento artístico... el que tú empezaste? Ahora necesito tu ayuda. Estoy en un lío horrible. Es urgente.

—Lo siento—le replicó Madeleine con resolución—; pero no volveré a pisar esa oficina en mi vida.

—Pero no te pido eso—restringióse Ethel en sus deseos—. Sólo quiero que te veas conmigo, en algún sitio... no te quitaré más de una hora, te lo prometo.

—Bueno, si sólo estamos las dos... —convino Madeleine—. Estaré ahí a las cinco.

—¿Qué alivio!—exclamó Ethel al adivinarla conforme y contenta—. Verdad, estamos desesperados. Es maravilloso. Tengo tantas ganas de verte. Adiós, rica. Nos entrevistaremos solas.

\* \* \*

Para resolver el trabajo pendiente, fueron necesarias más entrevistas entre las dos mujeres. Y Madeleine había quedado citada con Ethel en el bar acostumbrado para continuarlo. Ya la estaba esperando Ethel, sentada junto a una mesa cuando llegó Madeleine. Se saludaron. Madeleine se sentó al lado de su secretaria, y al notar que ésta, en vez de ir al asunto o tratar empezaba a perder el tiempo en puerilidades, una de éstas en calificarla de mujer muy interesante, le advirtió:

—Ya sabes, no puedo estar mucho tiempo.

—Comprendo; vamos a empezar a trabajar en seguida.

\* \* \*

Madeleine con su voluntad y conocimientos había resuelto el asunto profesional que tanto preocupaba a Ethel. Sin darse cuenta había bebido demasiado licor, que le iba produciendo sus primeros efectos. Ethel, la animaba para que siguiera bebiendo, tal vez intencionadamente para sonsacarla, la alabó, diciéndole que era maravillosa, pues todo lo resolvía con sencillez y práctica y pidió al camarero otros dos. Carl, Madeleine le dijo que ella no bebía más.

—¡Pero si antes te bebías hasta diez copas!—exclamó Ethel.

Madeleine se excusó diciendo que había perdido la costumbre y su colocutora le dijo que no se le notaba, puesto que parecía la mujer de siempre, y después le propuso:

—¿Por qué no cenamos juntas y luego vamos al teatro?

—No puede ser—negó Madeleine—. Tengo que volver a casa corriendo.

Pero estropeó sus proyectos la llegada de Kranish. Este saludó:

—¡Madeleine, qué guapa! ¡Qué sorpresa!

Entonces Kranish ofreció a Madeleine que bebiere una copa con su antiguo jefe, a lo que ella se negó, diciéndole que ya había bebido bastante. Pero él, como si no hubiera oído, pidió al camarero que trajera tres copas de lo que fuera. Ethel empezó a disgustarse. No le agradaba su papel secundario en aquella reunión e intentó cambiar de conversación, diciéndole a su jefe que ya tenía todos los datos que necesitaba acerca del suplemento artístico. Pero a Kranish, que en aquellos momentos no le importaban los asuntos de la oficina, llevó la conversación del modo conveniente para demostrar a Madeleine que seguía admirándola. Madeleine, cansada, dijo de marcharse.

—No puedes salir ahora—le previno Ethel—. Mira quién viene. ¡Ay! Te ha visto.

Era Garet, quien percibiendo el grupo se dirigía hacia allí.

Kranish comunicó a Madeleine una noticia que ella sabía ya:

que Garet no colaboraba ya en la revista. Ethel aprovechó la ocasión para decir que era un hombre que se había puesto intratable, y Kranish dijo del que había sido empleado suyo hasta hacia unas semanas.

—No quiero hablar de las pequeñas irregularidades en sus cuentas. El señor Garet cree que el mundo le debe una vida alegre, sin importarle mucho quién se la pague.

Instantes después llegó Garet, que se dirigió a Madeleine:

—Hola, extraña. ¿Qué tal?

—Muy bien—le dijo con despego Madeleine.

Garet observó que en el grupo nadie parecía muy contento de verlo; y le dijo a Madeleine, intentando entablar conversación:

—Encantado de verte.

Madeleine no pudo disimular la antipatía que le producía Garet, replicándole:

—Tengo una buena razón para retirarme a mi torre de marfil.

Garet comprendió que aquella indirecta iba dirigida a él, pero Ethel, achacando al recogimiento adoptado por Madeleine a otro motivo, expuso:

—Sí, tiene un argumento que le induce a ello; que no hace más que encontrarse a hombres que la adoran. ¡A docenas!

Garet se marchó a telefonear a Courtland sin perder instante.

Entonces replicó Madeleine con conceptos dirigidos a demostrar que no le interesaba ningún hombre de los allí presentes, añadiendo, dirigiéndose a Ethel:

—Sé lo que piensas, que tengo unas maneras muy raras de demostrar mis antipatías.

—No raras—corrigió Ethel—. Sólo un poco caprichosas.

Kranish, que miraba a Madeleine entusiasmado, intentó animar la conversación, levantando su copa a la par que decía:

—¡Vamos! Brindo por nuestros recuerdos.



\* \* \*

Garet creyó oportuno avisar a Courtland de la vuelta de Madeleine. El rico joyero fué avisado por su mayordomo de que Garet estaba al teléfono. Un instante después entre Courtland y Garet se entabló el siguiente diálogo, precediéndolo el saludo de ritual:

—Tengo noticias interesantes — le anunció Garet —. ¿Sabes quién está aquí? Madeleine.

—¿Qué atento es usted! — le replicó burlescamente Courtland—. A propósito, acabo de examinar los pedres en mi caja fuerte y falta una. La piedra no importa tanto como la acción de robarla. Y usted es el único que está enterado de lo que hay en mi caja y quien tuvo mis llaves durante un buen rato ayer.

—¿Qué quiere insinuar? —interrogó Garet como si la acusación fuera una insensatez.

—Pues que no me gustan los ladrones —le replicó con firmeza y sin rodeo Courtland.

—No sea tonto. Déjeme ir por ahí y le hablaré del asunto. Pero Courtland no estaba para conversaciones, diciéndole que no era necesario, puesto que ya había dado parte a la policía.

Garet, todo alarmado, suplicó:

—No puede usted hacer eso.

Courtland le colgó el teléfono. Garet quiso intentar apaciguarlo, por lo que trató de hablarle otra vez por teléfono. Pero al ir a anunciarle al joyero su mayordomo que Garet llamaba otra vez, le ordenó le dijera que había salido.

Y efectivamente, se preparó para marcharse.

\* \* \*

Courtland, al enterarse por Garet de la vuelta de Madeleine, se apresuró a ir a buscarla. Tuvo suerte de que ella no hubiera podido encontrar un taxi, viéndola cómo le caía el agua encima,

pues llovía. Se apresuró a gritarle que subiera al coche, a lo que ella se negó.

—No seas tonta—insistió él—. No hay taxis; te vas a empapar.

—Por favor...—intentó disuadirlo ella.

—Te dejaré donde quieras—prometió Courtland.

—Voy a casa, sola—dijo Madeleine en forma terminante.

—Ven, sube. ¿No te has mojado mucho?

Ella se decidió al fin a subir al automóvil, donde ambos se acomodaron.

Madeleine le dijo irónicamente que aquel interés le emocionaba. Courtland, en el mismo tono, le manifestó que era una coincidencia el encontrarla en plena lluvia.

—¿Sí?—preguntó Madeleine con sarcasmo.

El le replicó que no podía mentirle, sobre todo cuando no había motivos para ello y que no estaba bien que ella estuviera jugando al duende.

—Eres odioso—calificó Madeleine.

—De ningún modo, querida. Lo que hay es que adoro la belleza—explicó Courtland—. Eso no debe ser un crimen a tus ojos.

—Por favor, no discurras, estoy un poco mareada.

Courtland le expuso que una buena comida la curaría pronto. Madeleine se le encaró:

—¿Por qué me persigues siempre? Sabes que te desprecio.

El automóvil se paró frente a la casa de Courtland, que había fracasado en su empeño de suscitarle el pasado para que reaccionara en su favor. Todo inútil.

—¿No recuerdas?—le dijo él—. Venías de visita aquí...

Al darse cuenta de dónde se encontraba, Madeleine salió de su letargo y relampagueando sus ojos de ira, exclamó:

—¡Embustero! Dijiste que me llevabas a casa.

—Te olvidaste de hacérmelo recordar—pretextó Courtland—. Una omisión significativa, como diría tu amigo Freud. Ven, me estoy mojando.

El se había apeado el primero.

Ella le obedeció, pero diciéndole que se iba a su casa.

—Después de cenar. Decidete, que te va a sentar bien comer y recobrarte.

Courtland consiguió su empeño de hacerla entrar en su casa, a una lujosa estancia. Ella se acomodó en un diván apresurándose él a servirle una bebida que sabía que gustaba a su acompañante, diciéndole:

—Toma, esto te quitará el frío de los huesos. Y, quizá del corazón. ¿Tienes frío aún?

—No. Hace bastante calor aquí.

Courtland le ofreció un cigarrillo. Ella aceptó. Al darle el fuego, le dijo:

—Has estado muy pesada... durante meses. Estamos hechos el uno para el otro. Lo sabes.

Inquieta, Madeleine le replicó que no lo sabía. Courtland le insistió en que sí.

—Está usted divagando, señor Courtland.

Courtland se sentó al lado de Madeleine.

—¿Por qué discutir en serio? Esto tiene mucho más sentido que el hablar... y mentir. ¿No es cierto?

—No, no tiene ningún sentido —respondió Madeleine con frialdad.

Y a otra pregunta de Courtland le respondió ella que le parecía todo aquello una estupidez. A pesar de la esquivéz de Madeleine, el joyero se sentía cada vez más alucinado. Le dijo:

—Madeleine, eres maravillosa.

Ella intentaba apaciguarlo, pero continuó con mirada que expresaba claramente su estado de ánimo, poco animoso:

—Estás más deliciosa que nunca.

A los oídos de ambos se percibió un ruido extraño, en el momento en que él se decidía a besarla, como de alguien que anduviese por el interior de la casa, que los interrumpió. Extrañado, Courtland dijo a Madeleine:

—Voy a ver quién es.

Madeleine aprovechó esta ocasión para huir de la casa sin perder un momento, no haciendo caso de la lluvia que arreciaba.

## CAPITULO VII

Garet, asustado por la amenaza de Courtland, intentando apaciguarlo, le decía:

—Le digo que voy a conseguir el dinero. Le pagaré... palabra de honor.

—No me gusta tratar con ladrones. Eso le corresponde a la policía—replicó Courtland, amenazador.

—Si me haces arrestar no conseguirás ni un céntimo—razonó Garet—. Necesitaba con apremio algún dinero... de momento. Aquí está la papeleta del empeño.

—No me interesan las papeletas del Monte—rechazó Courtland con desprecio—. Adiós, Garet.

—Pero Courtland, no puedes dejarme así—suplicó Garet, queriendo distraer la cólera que sentía.

—Le dije adiós—recordó secamente el rico joyero.

—Tiene que dejarme hablarle... Explicar esto...

Courtland perdió la paciencia.

—¡Imbécil!—exclamó, dándole tal fuerte puñetazo a Garet, que lo derribó al suelo.

—Recuperará la piedra. Yo se la devolveré. Se lo prometo.



Sólo necesito un poco más de tiempo... un par de semanas, nada más—solicitó Garet.

Y al ver que Courtland se disponía a telefonar, le preguntó amenazador:

—¿Qué hace?

—Llamo a la policía—contestó rápido y tranquilo Courtland.

—No puede hacerlo. No voy a dejar que me estropee usted el porvenir—dijo Garet, descompuesto, e incorporándose de repente le dió un fuerte golpe con un objeto que encontró a mano. Courtland se desplomó.

\* \* \*

David llegó inesperadamente de Chicago a casa de la señora Greiger. La saludó muy amablemente, contento de verla nuevamente. Le preguntó por Madeleine.

—No la he visto esta mañana—le respondió la patrona.

David se fué derecho a la habitación de su amada. Ella estaba acostada. Se levantó y al ver a David, Madeleine se abrazó a él como si buscara protección.

—¡David!... ¡Querido!—exclamó, como si él poseyera el don de tranquilizarla.

—No pude esperar hasta el viernes. Dije lo que tocaba y me escapé—confesó David, mirándola fijamente y dándose cuenta del aspecto cansado de ella.

—¡Me haces tanta falta! Estoy perdida sin ti—exclamó ella de un modo extraño y como si temiera una desgracia—. No me dejes nunca más.

A pesar del autodomínio de Madeleine, dióse cuenta David de que algo raro le pasaba. ¿Qué le preocupaba? ¿Por qué aquella expresión asustadiza y cansada? La lividez de su rostro no era natural en ella. Y le preguntó:

—Pero ¿qué te pasa? No tienes muy buen aspecto. ¡Ven! Me parece que debes volver a acostarte. Ahora, te diré primero, que no tengo que volver a los resfriados y dolores de Oregón. No te vas a casar con un médico de pueblo. Lo harás con un



joven investigador, científico y de gran porvenir. Al menos, eso me dijo el doctor Broder, y él debe saberlo... tiene una larga barba blanca.

Madeleine se animó al ver el tono con que le hablaba David, que se había sentado en la parte trasera y en el borde de la cama, que se desvivía en mejorar su situación para ofrecérle un hogar que fuera digno y le replicó entusiasmada:

—¡Oh, David! ¡Qué orgullosa me siento!

—¡Madeleine! ¡Madeleine! ¿Qué tienes?—se asustó David, cuando se disponía a ponerle el termómetro.

Ella, que había visto en el periódico la fotografía de Courtland, a la que precedían unas letras grandes anunciando su asesinato en primera plana, se sobresaltó. Era tal su angustia y la lividez de su rostro, que estuvo a punto de desmayarse; un sudor frío bañaba su frente, y apenas pronunció el nombre de su amado.

—David...

—Niña... Estás como el hielo —David se alarmó—. Tienes un resfriado. Quédate aquí. Volveré al minuto.

—¡No!—exclamó Madeleine—. No te vayas. No me dejes.

—Un segundo nada más. Quiero buscar una botella de agua caliente y más mantas.

David salió presuroso.

\* \* \*

Junto a la escalera de la casa de la señora Greiger, dos policías de los servicios especiales preguntaban por Madeleine, al ama de la casa, quien, extrañada, les consultó si eran amigos suyos. Pero ellos le respondieron que eran agentes, lo que alarmó a la patrona, a la que interpellaron sobre dónde estaba la habitación de la que buscaban. David, que había observado parte de la escena, interesó a la señora Greiger que para qué querían ver a Madeleine aquellos hombres, que con la dureza propia de los defensores de la ley le comunicaron que se lo dirían a ella. David, disgustado, les advirtió que sería mejor que se lo dijeran a él,

pues la señorita estaba muy enferma; pero el sargento Vitelli, que así se llamaba uno de los dos policías, que no estaba dispuesto a perder el tiempo, le interrogó con imperio:

—¿Quién es usted?

—El señor es médico. Vive aquí—intervino la señora Greiger.

—Si la cosa no tiene importancia, ¿no podrían volver mañana?—propuso David.

—La tiene—le replicó Vitelli.

David, dándose cuenta que se estaba entreteniendo mucho en auxiliar a Madeleine, se dirigió a la señora Greiger:

—Por favor, traiga algunas mantas más y una botella de agua caliente.

—¿Es usted amigo de la señorita?—preguntó bastante interesado el sargento Vitelli.

Vitelli, que creyó oportuno interrogar a David, tal vez podría sacar algo en claro de ello.

—Sí, ¿por qué?

—Por nada.

—¿Qué hay? ¿Un accidente, o algo?—interrogó David.

Vitelli le respondió que no era precisamente un accidente.

—¿Por qué no se deja de misterios y me dice la verdad?—se disgustó David, deseando desentrañar el motivo de la visita de aquellos policías.

—Vaya, vaya, doctor. No se apure.

\* \* \*

Entró David seguido de los dos policías en la habitación de Madeleine, que continuaba acostada en la cama, y le anunció:

—Estos señores son de la policía, quieren...

El sargento Vitelli le interrumpió diciéndole que se encargaban ellos del caso, y le presentó a su compañero, diciéndole que era el sargento Beitler, y añadió pidiendo cuentas a Madeleine:

—Usted es amiga de Feleiz Courtland, ¿no? El caso es que estuvo usted con él anoche.

Madeleine no sólo negó esto, sino que no había visto al muerto en todo el día anterior.

—Escúcheme, señorita Damien—advirtió Vitelli—. No estaríamos aquí haciéndole preguntas si no adivinásemos todas las contestaciones.

Por un momento, David, que muy atento lo escuchaba todo sentado en la parte trasera de la cama, creyó que se trataba de una equivocación; quedó convencido de esto cuando oyó llamar a su prometida por un nombre desconocido. E interrumpió a Vitelli:

—Un momento. Ella no se llama Damien. Están ustedes equivocados.

Entonces el sargento le esclareció a David que el equivocado era él, puesto que efectivamente ella se llamaba Damien y que estaban allí trabajando en un caso de asesinato, añadiéndole mientras le indicaba el periódico:

—Echele una mirada.

David estaba desconcertado ante aquellos acontecimientos inesperados, quedándose perplejo al leer el periódico.

La señora Greiger, que había acudido también bastante sorprendida a la habitación de Madeleine, preguntó, nerviosa:

—¿Qué pasa aquí? Quiero saber. Esta es mi casa y tengo que estar enterada.

El sargento Vitelli no estaba para cortesías y le replicó fríamente:

—Lo lamento, señora. Hablaremos luego con usted.

—En todos los años que llevo aquí nunca ha venido la policía a esta casa—argumentó la señora Greiger.

Vitelli, entonces, se dirigió a su compañero Beitler, diciéndole que se llevara a la señora Greiger y viera la forma de sacarle algo.

—Venga conmigo, señora. Venga—ordenó Beitler, saliendo con la dueña de la casa fuera de la habitación.

El sargento Vitelli, procurando ser amable, insistió en que Madeleine le contara lo que había pasado la noche anterior, e interesando la hora en que salió de la casa de Courtland.

El sargento le hizo ver que estaba enterado por el conductor de Courtland de que ella había llegado a casa del muerto a las siete menos cuarto, interrogándola acto seguido sobre la hora que salió de la casa de Courtland.

—Pero si no entré en la casa. Me encontré con él por casualidad. ¡David, no me mires así!

David estaba sorprendido, y aunque tenía plena confianza en Madeleine, todo aquello que ante su vista ocurría a su alrededor, le infundía una terrible preocupación y una inquietud. Su estado de ánimo lo reflejaba claramente su fisonomía, entre dolorida, iracunda y despectiva. Le dolía en lo más hondo de su ser que ella hubiera jugado con sus sentimientos más puros.

Vitelli se volvió hacia David, al que le interrogó el tiempo que tenía relaciones con Madeleine, y cuando el interpelado le respondió que unos cuantos meses nada más, le preguntó si sabía que ella sostenía relaciones con el señor Courtland.

—¡Mentira, David! ¡Es mentira!—exclamó Madeleine, medio enloquecida, perjudicándose al tratar de engañar.

Vitelli había indagado que había estado ella en casa del muerto la noche del crimen, y sospechando cada vez más de ella preguntó:

—Muy bien, ¿de modo que no entró en casa de Courtland?

Madeleine respondía como si fuera David quien le dirigía la palabra, mirándole ansiosa de leer en los ojos de él que tenía fe en ella. Mintió:

—No, no entré. Quería que yo fuese con él, pero no quise. No entré en la casa, les digo. ¡No entré!

Vitelli llamó la atención advirtiéndole que era él quien interrogaba, no David; después, apercibiéndose a su compañero, el sargento Beitler, interesó de éste lo que había logrado sacar a la patrona de la casa. El policía interpelado le replicó que Madeleine, según declaración de la señora Greiger, había vuelto a casa sobre las nueve de la noche, pero no en taxi, sino andando, aunque llovía mucho, significándole al final que la patrona la vio llegar con una mirada extraña. Después de una pausa, siguió exponiendo lo que había declarado la señora Greiger, que era



bastante interesante: Que Courtland estuvo a ver a Madeleine hacia aproximadamente unas dos semanas, el día 10 de abril por más detalles, sobre las doce de la noche; y que la señora Greiger suponía que Courtland tendría una llave de aquella casa, pero que no sabía decir de qué modo la consiguió.

—Yo no le di ninguna llave, David. Puedes creerlo.

Beitler comparó las llaves de Courtland con las llaves de la habitación de Madeleine, afirmando poco después:

—Esta coincide.

—Pero yo no se la di—exclamó Madeleine, desesperada, al ver a David fuera de sí.

Entonces a David le emergieron en su memoria las frases extrañas con que Madeleine se evadía cuando le propuso casarse con él, dándole su verdadero significado. Además un sin fin de particularidades a las que no había dado a tiempo importancia, le demostraban la culpabilidad de ella. Y dolorido, despedido, no hizo caso de las súplicas de Madeleine cuando ésta le dijo que no había matado a Courtland, contestándole, poniéndose en pie para marcharse:

—¿A quién le importa que le mates o no?

\* \* \*

David estaba desconcertado. El golpe había sido para él muy duro, pues amaba a Madeleine. La desesperación no tenía límite.

Vitelli estaba convencido de la culpabilidad de Madeleine. Al llevársela detenida, al bajar la escalera, ella solicitó del policía que le concediera un minuto para entrar en la habitación de David para hablar con él, a lo que accedió, después de dudar Vitelli, alegando que era ir en contra del reglamento, le concedió solamente unos segundos. Madeleine entró en la habitación; comprendía lo que debería estar él sufriendo. El desengaño había sido terrible y rogó a David que la escuchara.

—Me mentiste. Me has mentido siempre—acusó David con desprecio.



—Pero no miento ahora. No quería ir con él. Dijo que me llevaría a casa en el coche.

David continuó, acusador:

—Y te enamoró... ¿No es así? ¡Oh, no lo niegues!... Naturalmente que te enamoró. Tenía la llave de tu cuarto.

—Debía haberte dicho muchas cosas—confesó Madeleine—. Intenté hacerlo... pero no pude.

—Si todo eso fuera tan inocente, me lo hubieses contado cuando te dije que te quería. Cuando te pedí que te casaras conmigo.

—Me dió miedo, David. Temí que no comprendieras—repuso Madeleine.

—Tenías motivos para pensar así.

—Antes de que te conociera a ti... yo era despreciable, pero tú lo cambiaste todo. Me hiciste sana... y feliz.

David, desconfiado, le replicó:

—¿Por qué sigues mintiendo? Probaste eso arriba y te falló. Mira. Yo te quería. Bueno, me equivoqué. Creí que eras algo maravillosa... y resulta que eres otra cosa. ¡Lo mejor será olvidarlo todo! Sólo puedes hacer una cosa por mí. Dejarme en paz.

A pesar de aquel desprecio, Madeleine, comprendiendo la razón de él, antes de salir de la habitación le afirmó:

—Te quiero, David. Te querré siempre.

## CAPITULO VIII

En la sala de la Audiencia, llena de público, se estaba celebrando el juicio contra Madeleine. El fiscal O'Brien la acusaba ante el Tribunal.

—...Y así, señoras y señores del jurado, vamos a probar sin posibilidad de dudas que Madeleine Damien es culpable del asesinato de Félix Courtland. Vamos a probar que estuvo en el piso de éste en la noche en que le mataron; vamos a probar que sus huellas digitales se hallaron en el encendedor de mesa del que fué muerto; y además probaremos que ella tenía motivos para matarle.

Por los cargos antedichos, inútil será decir que la situación de Madeleine era comprometida, que fueron complicándose las declaraciones de los testigos que unos tras otros fueron llamados a declarar después de las acusaciones del fiscal. El primer testigo fué la señora Greiger, que dijo que ella no abrió la puerta a Courtland cuando éste entró en la habitación de Madeleine.

—Entonces, ¿cómo entró?—preguntó O'Brien.

La señora Greiger le replicó que tendría Courtland una llave propia. El fiscal encontró muy significativo este detalle e interrogó nuevamente a la señora Greiger sobre dónde se encontraba

Madeleine cuando el rico joyero se introdujo en la habitación de la acusada.

—Supongo que habría salido con el doctor... tomándole el pelo—replicó la señora Greiger con despecho.

Estas palabras se le clavaron a David en lo más hondo de su ser.

O'Brien, después de dar las gracias a la testigo, se dirigió a Mitchell, que era el abogado defensor de Madeleine, para que preguntara a la señora Greiger; pero Madeleine no quería defenderse, ni que la defendiera. Ella parecía sin voluntad, des preocupada, como si nada le afectara, es más, como si tuviera un placer morboso en mortificarse. Mitchell le suplicó:

—Tiene usted que dejarme interrogarla.

Pero tuvo que desistir de esto cuando el fiscal dejó a la señora Greiger a su disposición, ya que Madeleine, con conducta suicida, se le opuso a que lo hiciera.

—No tengo nada que preguntar—replicó contrariado Mitchell.

Después éste intentó persuadir a Madeleine de que debía dejarle actuar, es más, ayudarle, diciéndole que había de luchar, pero ella le replicó con gesto apático que no merecía la pena.

Le tocó el turno para declarar a Garet, a quien empezó a preguntarle O'Brien, muy interesado en que le dijera concretamente el testigo cuál era la naturaleza del trabajo que hacía para el señor Courtland.

—Verá usted. Era casi todo de carácter personal. Secretario confidencial, supongo que me llamaría—respondió Garet.

—Y como tal pudo enterarse de muchos detalles acerca de su vida privada—supuso O'Brien.

Garet no lo negó.

—¿Sabía el señor Courtland que la señorita Damien estaba mintiéndole al doctor David u ocultándole su verdadero carácter?

Pero Garet, habilidoso, se evadió de la pregunta al decir que prefería no contestarla, ya que tanto Madeleine como el muerto eran sus amigos.

—Sí, comprendo—reconoció O'Brien—. Bueno, volvamos al

encuentro en el aeropuerto. ¿Cómo se portó la acusada cuando Courtland vió al doctor David Cousin?

—Parecía molesta, naturalmente.

El fiscal dió por terminado su interrogatorio a Caret, diciendo:

—Muy bien. Estaba molesta... Es lógico. Gracias. Su testigo, señor Mitchell.

El defensor de Madeleine le dijo a ésta que tenía que interrogarle, pues si no estaban perdidos, pero ella persistió en que no lo hiciera, por lo que Mitchell, disgustado, dijo, dirigiéndose al Jurado:

—No tengo nada que preguntar.

Salió Ethel a declarar. Empezó el fiscal por preguntarle que si tenía mucha amistad con la acusada y si ésta le hablaba con confianza de cosas personales. Ethel afirmó que así era en realidad. A O'Brien le interesaba saber hechos de la vida íntima de la acusada, e interrogó a la testigo:

—Si se lo preguntamos aquí, en esta Audiencia, ¿cree usted que podrá recordar algunas de esas... confidencias?

—Podría algunas... —respondió Ethel, añadiendo que no le era nada grato exponer ciertos detalles.

Entonces Mitchell, temiendo que las declaraciones que pudiera hacer Ethel perjudicarían gravemente a su defendida, intervino con energía, dirigiéndose al Juez:

—Ilustrísima, me opongo.

El Juez estuvo de acuerdo con el defensor; pero el Fiscal siguió desviándose apenas del tema que había provocado la intervención del defensor de Madeleine:

—Una pregunta, señorita Royce. ¿Diría usted que, de modo general, los hombres encontraban a la señorita Damien atractiva?

—Indudablemente—afirmó la testigo.

O'Brien siguió en su empeño de demostrar que Madeleine no era precisamente una mujer ingenua, intentando llevar al ánimo del Jurado que la acusada era una mujer peligrosa y de una inmoralidad sin precedentes. Preguntó:

—¿Y diría usted que a la señorita Damien le atraían los hombres?



—Tenía bien definido su sexo—replicó Ethel.

O'Brien la interrogó a continuación sobre qué clase de relaciones existían entre Madeleine y el antiguo jefe de ésta, el señor Kranish.

—Eran... amigos—dijo Ethel, irónicamente.

Pero cuando el Fiscal preguntó a Ethel acto seguido si en la opinión de la testigo eran ellos algo más que amigos, Mitchell interrumpió el interrogatorio, oponiéndose nuevamente ante el Juez por aquel interrogatorio, alegando que la pregunta última del Fiscal a la que fué secretaria de Madeleine, tan sólo sería, cuál fuere la respuesta, opinión del testigo y que eso era impertinente.

El Juez mantuvo la oposición.

\* \* \*

David no conocía a Caleb. Este se presentó a sí mismo:

—¿Doctor Cousin? Soy el doctor Caleb. La señorita Damien es cliente mía. Da la casualidad de que yo no creo que haya asesinado. ¿Y usted?

David seguía queriendo a Madeleine. Por momentos iba reaccionando y volviéndose más comprensivo, aunque no podía olvidar el haber sido engañado en sus más puros sentimientos; pero de eso a considerarla un criminal, mediaba un abismo. Le respondió a Caleb que él tampoco.

—Necesitaba de usted—prosiguió Caleb en su empeño de hacer comprender a David la raíz del problema—. En su propia opinión no la están juzgando por asesinato, sino por otras cosas. Y no es el Juez quien la juzga; es usted.

David no lo comprendía. En esto estaba la difícil misión de Caleb, pues aun cuando al primero la quería, había perdido la fe en ella, lo que le desesperaba. Y le respondió:

—No quiero ofenderle, pero me parece que... no sabe lo que está diciendo.

Caleb le advirtió que no estaba de acuerdo, ya que conocía



a su paciente por venir tratándola desde hacía algún tiempo como psiquiatra.

Pero la conversación que se tornaba interesante fué cortada por el alguacil que llamaba a Caleb para declarar.

\* \* \*

Después de los rituales preliminares, a O'Brien le sirvió de entrada en su interrogatorio a Caleb, las preguntas de si el testigo era un psiquiatra, si la señorita Damien fué a consultarle profesionalmente y si esto último lo hizo por su propia voluntad. A todo esto el doctor respondió afirmativamente. Después de este prelude, el Fiscal llevó sus preguntas por el derrotero encaminado a prefiar si la acusada estaba o no neurasténica, preguntando:

—¿No es cierto, doctor, que la gente no va a consultar a un psiquiatra; al menos que se considere... como diré... no bien equilibrado?

Caleb respondió que generalmente era así.

—Dígame: ¿no es un hecho que cuando la señorita Damien empezó a consultarle estaba a punto de matarse?

Mitchell intervino al oponerse a tal interrogatorio; pero el Fiscal siguió haciendo incapié en ello, diciendo a Caleb:

—Bueno, no importa. Esto lo probaremos por otros testigos... De todos modos, ¿no es cierto que los que van a consultarle siempre tienen problemas?

Caleb no lo negó. El Fiscal quiso informarse más y recordó el compromiso matrimonial que tenía la acusada con David. Después preguntó al testigo si creía que la acusada había hablado de su vida con la sinceridad que su prometido tenía derecho. Caleb replicó que se lo había aconsejado, pero que ignoraba si lo había hecho o no.

—¿Y por qué no lo hizo?—insistió el Fiscal.

Pero el interpelado le salió al paso nuevamente diciéndole que debía preguntárselo a la acusada.

Al indagar O'Brien si el testigo conocía a David, le respondió

el psiquiatra que acababa de conocerlo hacía unos minutos, y después declaró que David no le había parecido un hombre razonable e inteligente, justificando que Madeleine no hubiera depositado su confianza en su prometido con las siguientes palabras, que produjeron murmullos de interés en la sala:

—Habiendo hablado con el doctor Cousins, creo que puedo comprender por qué la señorita Damien dudó en hablarle con toda sinceridad.

Al insistir el Fiscal que concretara más, añadió:

—Tengo la impresión de que el doctor Cousins no tiene capacidad en el aspecto sentimental, ni en el intelectual para comprender un problema como el de la acusada.

David, al oír esto, se consideró ofendido; pues tal como él veía las cosas la razón era suya totalmente, y su gesto por unos instantes expresó dolor y rabia al mismo tiempo.

\* \* \*

El doctor Caleb llegó a su casa un tanto preocupado. Por eso cuando su secretaria, sentada ante su mesa de trabajo le preguntó cómo iba el juicio, le respondió pensativo que nada bien; pero cuando ésta le anunció que había un tal doctor llamado David esperándole en su despacho, la expresión del psiquiatra pareció recobrar vivacidad, como si aquella noticia le alegrara, tanto, que exclamó un ¡ah! muy significativo. Mientras se dirigía en busca de David su secretaria le aclaró:

—Dijo que no le esperaba usted.

El no dudó en aclararle que así era.

Al entrar Caleb en el despacho encontró a David fumando un cigarrillo y apoyado, aburrido, en el respaldo de un sillón.

—Hola, doctor. Siéntese, siéntese... descansa. Dígame, ¿es ésta una visita profesional o de sociedad?

David estaba enojado por haberle negado Caleb en sus declaraciones capacidad e inteligencia con palabras bastante duras para comprender a Madeleine, y así lo expuso. Pero el psiquiatra

no las rectificó, por lo que David le dijo que tenía derecho a una explicación.

—Yo también creo que la merece y me alegra que haya venido—respondió Caleb—. Quería hablarle de Madeleine.

David le replicó que ella ya nada le importaba. Caleb comprendió por la expresión de su acompañante que éste continuaba enamorado de ella; le comunicó que se alegraba de ello, así dijera lo que dijera. Pero al ver el empeño que David tenía en afirmar que no la amaba ya, le dijo:

—Tanto mejor. Así podemos tratar del tema de la señorita como científico. Verá usted: yo me intereso por ella porque es enferma mía. Creo que estaba en vías de resolverse el problema. Sería un gran disgusto para mí que muriese por un crimen que no ha cometido. Sería como si usted perdiese uno de tus ratoncitos blancos... uno al que acababa de inocularle algo.

—Y todo esto ¿qué tiene que ver conmigo?—preguntó David, no comprendiendo bien la metáfora de su colocutor.

—Sólo esto... Que cuando le llamen a declarar mañana le pedirán que diga la verdad, toda la verdad acerca de un alma humana en una cuestión complicadísima. Ahora no le voy a decir nada sobre la señorita Damien que no haya usted oído ya. Pero ¿no es posible, doctor, que usted haya recogido unos cuantos aislados y los haya sumado, sacando una conclusión totalmente equivocada? ¿Por qué no se sienta, doctor?

\* \* \*

Nos trasladamos de nuevo a la Audiencia, donde se reanudó el juicio. El alguacil anunció que empezaba la sesión y el juez acto seguido ordenó a O'Brien que llamara a su testigo, y David, por ello, salió a declarar.

El Fiscal, cuando se hubo sentado David, empezó preguntándole por su nombre. Apenas obtuvo la respuesta se interesó por el nombre que había conocido a Madeleine y si ésta alguna vez le había dicho cómo se llamaba verdaderamente y hablado de sus relaciones con Courtland.

David respondió que ella le dijo llamarse Dixon y negó lo demás. Admitió que la acusada le había mentido en cuanto a su personalidad y que fué la policía quien le enteró del verdadero nombre de ella. A nuevas instancias del Fiscal, afirmó que propuso a la acusada el que se casara con él y que ella, a pesar de ello, no le habló de sus relaciones con Courtland, de las que se enteró la misma mañana que llegó la policía a detenerla.

—Ya veo —recalcó el Fiscal muy significativamente— que desde que la conoció hasta que se la llevaron presa no supo nunca la verdad sobre la acusada.

Mitchell creyó oportuno intervenir ante el giro que iba tomando el interrogatorio. Se puso en pie de repente y dirigiéndose al Juez exclamó:

—Me opongo, Su ilustrísima.

El Juez, fué del parecer del defensor y se dirigió al Fiscal, preguntándole si no había recalcado bastante en aquellos puntos. O'Brien le pretexto que trataba tan sólo de hacer claro al jurado la naturaleza de los motivos que tuvo la acusada para asesinar a Courtland.

Después de un corto intervalo de tiempo, el Fiscal preguntó a David que si hubiera sabido la verdad sobre la vida mundana de ella, hubiera esto influido en su amor por la acusada.

El defensor volvió a protestar. Conocía la importancia que para su defendida tenía la respuesta a esta pregunta. Pero Madeleine le expuso que dejara a David que contestara.

—Entonces estaba enamorado de la señorita Damien y sigo enamorado de ella ahora—afirmó con convicción David.

Todo el ser de ella estaba pendiente de la respuesta de él. Hay veces que una sola palabra o frase tiene suficiente fuerza para cambiar los acontecimientos. La oportuna respuesta de David hizo a Madeleine recobrar la conciencia de su situación, el deseo de vivir, de que se le dispasen las sombras en que estaba sumida.

Mitchell no quiso interrogar a David, diciendo que no tenía nada que preguntar.

Una súbita esperanza recorrió el alma de Madeleine. ¿Había respondido él sinceramente? Quiso salir de dudas. Le preguntó



a David, que al terminar fué a su lado arrepentido de haber dudado de ella:

—¿Lo dijiste en serio?

—Muy sinceramente—confesó él.

Ella exclamó un ¡oh! de alegría. Intentó saborear aquellos instantes felices en el que su alma se inundaba, haciéndole olvidar su situación. Experimentaba una sensación que no sabía definir. Y miraba a su amado con ojos de agradecimiento y amorosos.

Viendo el cambio operado en ella, Mitchell le dijo, esperanzado:

—Ahora me permitirá que la interrogué.

Madeleine, al encontrarse con la mirada de David, descubrió que éste no había mentido. Ambos se dieron cuenta de que no podían vivir el uno sin el otro. Y Madeleine, ya recobrados sus deseos de vivir, no se opuso a declarar.

El Fiscal hizo reconocer a la acusada que fué a casa de Courtland la noche en que fué asesinado éste y que el rico joyero la había hecho el amor, pero negó rotundamente que entre ellos hablaran de David.

El Fiscal pasó después a inquirir si ella estaba enamorada de Courtland. Madeleine lo negó y aprovechó la ocasión para decir que tan sólo lo estaba de David.

—Muy bien—observó el Fiscal—, pero a pesar de ello, usted fué al piso de Courtland.

—Sí, ya se lo dije.

—Usted estaba enamorada de un hombre, y sin embargo—continuó acusador el Fiscal—se decidió a visitar la casa de otro al que no quería. ¿Fué libremente?

—Sí.

—¿Courtland no la forzó ni la amenazó?

—No.

—Entonces, ¿por qué fué a visitarle?

—No sé... fué un error.

Esta opinión de la acusada no convenció al Fiscal, que comentó:



—Debió ser un ladrón muy tímido, ya que no se llevó nada. Supongo que usted sabría que el señor Courtland guardaba sus alhajas en los sótanos del almacén.

Madeleine le expuso que no era esto cierto; pues algunas las guardaba en la caja de caudales de su casa.

Garot, al oír esto, comprendió que aquello se iba poniendo feo para él, pues mala cosa era que descubrieran que había una caja de caudales, y su expresión se tornó dura, preocupada, como si presintiera que no tardaría en descubrirse el verdadero asesino.

El tribunal no había tenido noticias de la existencia de esta caja de caudales; y el Fiscal, interesado, preguntó a qué caja de caudales se refería Madeleine, quien respondió con la mayor naturalidad:

—La del cuarto de estar del señor Courtland.

O'Brien siguió preguntando:

—¿Acaso vió esa caja de caudales, señorita Damien?

—Sí, la vi—afirmó la acusada.

Mitchell intervino:

—Si el tribunal me permite, ésta es la primera noticia que hemos tenido de una caja de caudales. Pido que se levante la sesión para examinar el piso.

El Fiscal no creía conveniente lo propuesto por el defensor.

Pero Mitchell insistió, afirmando:

—Pero si hay una caja de caudales. ¿Y si se han llevado algo de ella?

El Juez creyó conveniente y justificadísima la petición del defensor y ordenó:

—Señores, la sesión queda levantada hasta mañana por la mañana. Propongo que el Fiscal y el procurador de la acusada registren el piso juntos.

\* \* \*

El caso Courtland había despertado gran expectación, por lo que los periodistas habían acudido en enjambre a casa del muerto, en cuya puerta, al llegar O'Brien, una nube de ellos le asaltó.

sacándole varias fotografías. Intentaban que el fiscal les hiciera alguna declaración para la Prensa. Al preguntarle un periodista qué había sobre la caja de caudales, el Fiscal negó con convencimiento que la hubiera en realidad. Y viendo como tanto reportero lo abrumaban a preguntas, se negó a manifestar nada más, evadiéndose:

—Será mejor que espere fuera, muchachos. Puede ser que tenga alguna información cuando salga.

Y viendo el Fiscal venir a Mitchell, añadió:

—Bueno, aquí está el defensor. Tal vez lo sepa él. ¿Dónde está la caja de caudales, Mitchell?

El recién llegado le respondió que Madeleine había dicho dónde podían encontrarla y que no tardarían en llegar sus ayudantes.

O'Brien observó el pleno convencimiento de Mitchell de encontrar la caja y se lo notificó:

—Está usted muy seguro.

Mitchell, que sospechaba de Garet, muy significativamente propuso que mientras esperaban, Garet podría quizás decir dónde estaba la caja de caudales que se buscaba, pero O'Brien le atajó diciéndole que ya se lo había preguntado él y que no lo sabía. Mitchell expuso:

—No entiendo eso, señor Garet. Usted tenía mucha confianza con Courtland, ¿no?

—Efectivamente—le respondió Garet con tranquilidad aparente—. Y estoy seguro de que si hubiera una caja de caudales en esta casa, yo estaría enterado. Por lo menos le hubiese visto la llave.

—La solución es muy sencilla: no hay caja de caudales—atajó O'Brien sin querer cambiar de opinión—. Pero en esto llegó el ayudante de Mitchell diciendo que ya había dicho Madeleine cuál era el lugar donde estaba escondida la caja de caudales. Mientras Mitchell exclamaba un «magnífico» triunfal, Garet procuró disimular su turbación y nerviosismo en tanto que O'Brien se contrariaba al ver que sus razonamientos se irían fácilmente a tierra con el nuevo descubrimiento.

Todos siguieron al ayudante que les indicó el sitio, diciendo:

—Está aquí.

—Se equivocó una vez, señor O'Brien—demostró David.

El Fiscal se vió obligado a admitirlo ante tales evidencias. A Garet, que cada vez le gustaba menos la marcha que iban tomando los acontecimientos procuraba permanecer tranquilo.

El ayudante de Mitchell pidió al sargento Stone las llaves de Courtland, que se las entregó. Poco después la puerta de la caja estuvo abierta. O'Brien, terco en su versión del crimen, opinó:

—No parece ser que hayan robado aquí. Un buen ladrón no se dejaría éstas. ¿No les parece?

Se había referido a las valiosas joyas que se extendían a su vista.

Garet expuso:

—Me parece que hemos vuelto adonde estábamos al principio.

—He visto todo lo que quería ver—dijo O'Brien—. ¿Y usted, Mitchell?

El defensor de Madeleine tuvo que reconocer que nada podía hacer todavía para demostrar la inocencia de la acusada y le repuso:

—Ganó usted la primera tanda.

El Fiscal dió orden de que cerrara la caja de caudales al sargento. Pocos instantes después salió de la sala, diciéndoles a los demás que los vería en la Audiencia. Mitchell ofreció a David su automóvil, pero éste no lo aceptó.

\* \* \*

Garet pidió permiso al sargento para quedarse en la casa, pretextando que tenía unos papeles de Courtland que ordenar, a lo que accedió el policía. David hizo tiempo para quedarse a solas con Garet.

Garet estaba preocupado sentado en un sillón cuando se le acercó David, que tomó asiento sobre un brazo del diván, diciéndole:

—Sí, hay una cosa que me parece curiosa. Nunca he visto una caja de caudales como ésta... Hum... quiero decir que se abra con simple llave.

—No había caldo en ello, pero tiene usted razón—expuso Garet—. No creo haber visto una así tampoco.

—Lo normal en una caja de caudales es que funcione con alguna combinación.

—La mayoría de ellas son así.

David se quedó pensativo; tenía que obrar rápidamente, no perder un minuto si quería salvar a Madeleine. Dijo:

—Estaba preguntándome cómo usted sabía que ésta funcionaba con llave y usted dijo que nunca había visto la llave.

Con autodominio, Garet preguntó con tono mordaz:

—¿Dije eso? Pues debí haberlo dicho sin pensar.

—Eso parece. No cabe otra explicación—acusó David, y con firmeza notó cómo dejaba confundido a Garet, que replicó:

—¿Ah, sí?

—Sí—insistió David—; usted mintió cuando dijo que nunca había visto esa caja antes.

Garet, aun comprendiendo que tenía ante sí un hombre difícil de convencer, intentó quitarle importancia a las sospechas de él.

—Usted no habla en serio, doctor.

—Soy científico, señor Garet—advirtió David—, y cuando un científico tropieza con un hecho extraño, suele considerar todas las explicaciones posibles. Así es cómo hacemos algunos de nuestros descubrimientos más importantes.

—Debe ser un trabajo fascinador—respondió con sorna Garet.

Pero David, cada vez más convencido que tenía ante sí al verdadero asesino, le afirmó que sí.

Garet quiso saber hasta qué extremo llegaban las sospechas de David, preguntándole:

—¿Y aunque hubiera estado enterado de la existencia de esta caja, que no lo estaba, qué podría demostrar?

—La verdad, nada. Pero sugiere una tesis. Usted tenía mu-



cha confianza con Courtland y estaba enterado de lo de la caja. Pudo haberse cometido un robo y que él lo descubriera. Estaba riendo él con un hombre en el pasillo la noche que lo mataron. Puede ser que aquel hombre fuera usted.

—Una tesis muy interesante—comentó Gareth con no muy buenas intenciones.

—¿Verdad?—continuó David, irónico—. Como le dije soy científico, y cuando nosotros damos con una tesis como ésta, lo que hacemos en seguida es probarla. No hago otra cosa.

—Ya lo veo.

David siguió intentando desenmascararle:

—Naturalmente, ¿si usted no ha visto una caja de caudales como ésa antes de ahora no le importará que las huellas digitales de la caja las examinen por las suyas?

—Claro que no—respondió Gareth deseoso de ganar tiempo—. El número del teléfono es Spring 7-31-00. Y se lo digo sin rencor.

—Por mi parte no le guardo ninguno.

Gareth, con una tranquilidad amenazadora, le preguntó:

—Pero, ¿no le parece que todo esto no es de su oficio?

—Puede que tenga razón.

Gareth se despidió de David, que salió de la habitación. Pero apenas pasaron unos instantes, David volvió sobre sus pasos. Abrió la puerta con cuidado de no hacer ruido y pudo descubrir a Gareth que estaba muy presuroso limpiando con un pañuelo las huellas que pudiera haber en la caja de caudales. Aquel acto de Gareth era muy significativo; a David ya no le cabía la menor duda de quién había asesinado a Courtland, y entrando en la habitación le dijo con sorna amenazadora a Gareth, para darle a entender que estaba dispuesto a usar el teléfono y llamar a la policía.

—Spring 7-31-00, ¿no es eso, señor Gareth?

—Me parece que usted se engaña, doctor—replicó Gareth, que estaba convencido de que si no hacía callar a David con el único medio posible, matarlo, estaba perdido.

Y con rapidez logró alcanzar una pistola, pero David, rá-

pido, pues le iba la vida, se abalanzó sobre Garet antes de que éste pudiera hacer uso de la pistola, y dándole un fuerte puñetazo lo derribó.

El asesino intentó disparar nuevamente, no pudo; David se había abalanzado sobre él impidiéndoselo. Una lucha a muerte, cruenta, se entabló entre ambos.

David tan sólo trataba de reducir a la impotencia a su rival; Garet sacaba fuerzas de su flaqueza. Cada vez ponían los dos rivales más ardor en la lucha.

Pero al fin pudo imponerse David, el cual, apoderándose de la pistola en un violento forcejeo, se puso rápido en pie.

Garet, al verse encañonado, no tuvo más remedio que rendirse.

\* \* \*

Todos estos acontecimientos llenaron el corazón de David de una inmensa alegría. No podía alejar a Madeleine de sus pensamientos; una fuerza poderosa le empujaba hacia aquella mujer extraordinaria. Comprendiendo que su amor no era un capricho, pues experimentaba unas purificaciones de sentimiento indefinibles. Ansioso de verla, de hablarle, de estrecharla entre sus brazos, fué a buscarla donde creía seguro encontrarla: a la casa de la señora Greiger. En ella se enteró por la patrona que Madeleine se había marchado sin poderle decir adónde.

La señora Greiger le entregó una carta diciéndole:

—No lo pude sacar una palabra. Pero sé que salió para el aeropuerto hace una hora o más. Y me pidió que le diera esto.

David se apresuró a leer la carta. Decía así:

«David, bien mío. Aun oigo tu voz en aquella sala y nunca me olvidaré de lo que dijistes. Hicistes mucho más que salvarme la vida: que ésta fuera digna de ser salvada. No puedo decirte cuánto te quiero y lo que deseo casarme contigo. Pero ahora no estaría bien. Me alejo por algún tiempo; quiero tener plena seguridad de mí. Después de todo lo ocurrido, el saber

que puedo realmente tener la esperanza de ser tu esposa, la mujer en quien soñastes apasionadamente un día... Quizás al cabo de algún tiempo sea posible. Y entonces... cuando ambos estemos seguros, David, te lo ruego, vuelve a pedirme que sea tu mujer. Adiós, bien de mi vida.»

Mientras leía la carta, le invadió una inmensa satisfacción. (Significaba tanto para él que ella le amase! Se le desbordó su pasión y presuroso, temiendo no poder llegar a tiempo para impedir que ella se marchara en el avión con toda la prisa de que era capaz salió hacia el aeropuerto.

\* \* \*

Entre tanto, en el aeropuerto, el polimotor estaba dispuesto a partir. Los pasajeros iban saliendo de la sala de espera para embarcar. Madeleine se había retrasado de los demás viajeros por estar hablando con Caleb, a quien le rogaba procurase ver de vez en cuando a David. El psiquiatra aceptó gustoso.

Caleb no era partidario de que ella se marchara; pero no pudo convencerla. Madeleine, a pesar de que quería a David, se lo decían claramente aquellas variadas sensaciones que sentía en lo más hondo de su ser, sentíase un tanto escrupulosa, y quería convencerse de que él era el hombre de quien estaba verdaderamente enamorada.

Cuando Madeleine estaba llegando al avión se había presentado David de improviso. Este, llegando junto a Madeleine, en un arranque instintivo la abrazó, impidiéndole subir al avión. Ella no opuso resistencia; deseaba que ocurriera así; sabía que había encontrado la felicidad que tanto había soñado.

La complacencia y satisfacción de Caleb eran infinitas. Estaban justificadas ante aquel desenlace bello, en el que una mujer de sensibilidad exquisita había sido arrebatada por una pasión vehemente y sana a un mundo frívolo, despreocupado y superficial.

F I N

CHANDLER

1871

1872

1873

1874

1875

1876

1877

1878

1879

1880

1881

1882

1883

1884



# CANCIONERO

de  **Editorial ALAS**

1 peseta

RAFFLES  
PEPE BLANCO  
CARLOS GARDEL  
ANTONIO AMAYA  
CARMEN FLORIDO  
ANTONIO MACHIN  
MANOLO CARACOL  
NIÑA DE LA PUEBLA  
JUANITO VALDEERRAMA  
LOS MEJORES CANTARES  
ANTONITA MORENO  
HERMANOS VIANOR  
CONCHITA PIQUER  
CARDOSO (Tangos)  
RAQUEL RODRIGO  
CARMEN SEVILLA  
GLORIA ROMERO  
PEPITA LLACER  
LUIS ARAQUE



IRMA VILA  
NEGRETE  
MARIA ELVIRA  
JUANITA REINA  
NIÑO ALMADEN  
HUGO DEL CARREIL  
MANOLO SEVILLA  
EL PRINCFPE GITANO  
MIGUEL DE LOS REYES  
RUISEÑORES DEL NORTE  
TOMAS DE ANTEQUERA  
IMPERIO ARGENTINA  
GRACIA DE TRIANA  
IMPERIO DE TRIANA  
MONIQUE THIBAUT  
ALFONSO GUERRA  
PEPE MARCHENA  
LOLA FLORES  
JOSE MARIA

## CANCIONERO EXTRAORDINARIO

1'50 ptas.

TOMAS RIOS - ANTONIO MACHIN - BONET DE SAN PEDRO  
MARIA DEL VALLE - LOS CLIPPER'S

2 ptas.

Cinco Vocalistas del Jazz - Cinco Estilistas Calés - Cinco Estrellas Calés  
Cinco estrellas del Hot - Trío Calaveras - Cuarteto Tropical - Irma Vila  
Antonio Machin - Curro Lucena - Bronce y Seda - Arriba Va - Estrellas  
da la Radio - Negrete, Irma Vila y Trío Calaveras - Pepe Blanco

## COLECCION NEGRETE

1'50 ptas.

CREACIONES DE JORGE NEGRETE  
JORGE NEGRETE Y AMANDA LEDESMA  
JORGE NEGRETE, SUS NUEVOS EXITOS  
JORGE NEGRETE - IRMA VILA - TITO GUIZAR

---

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona

---